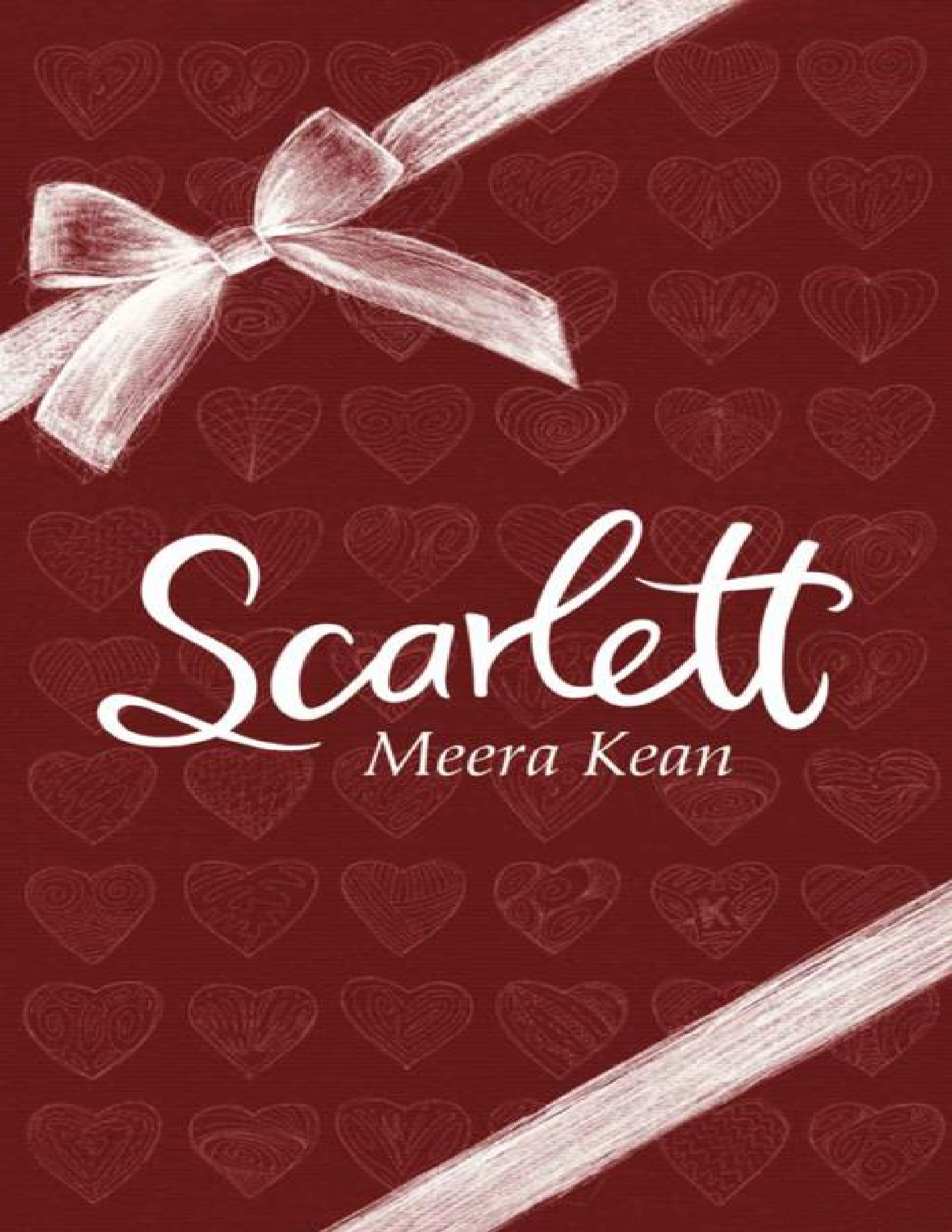
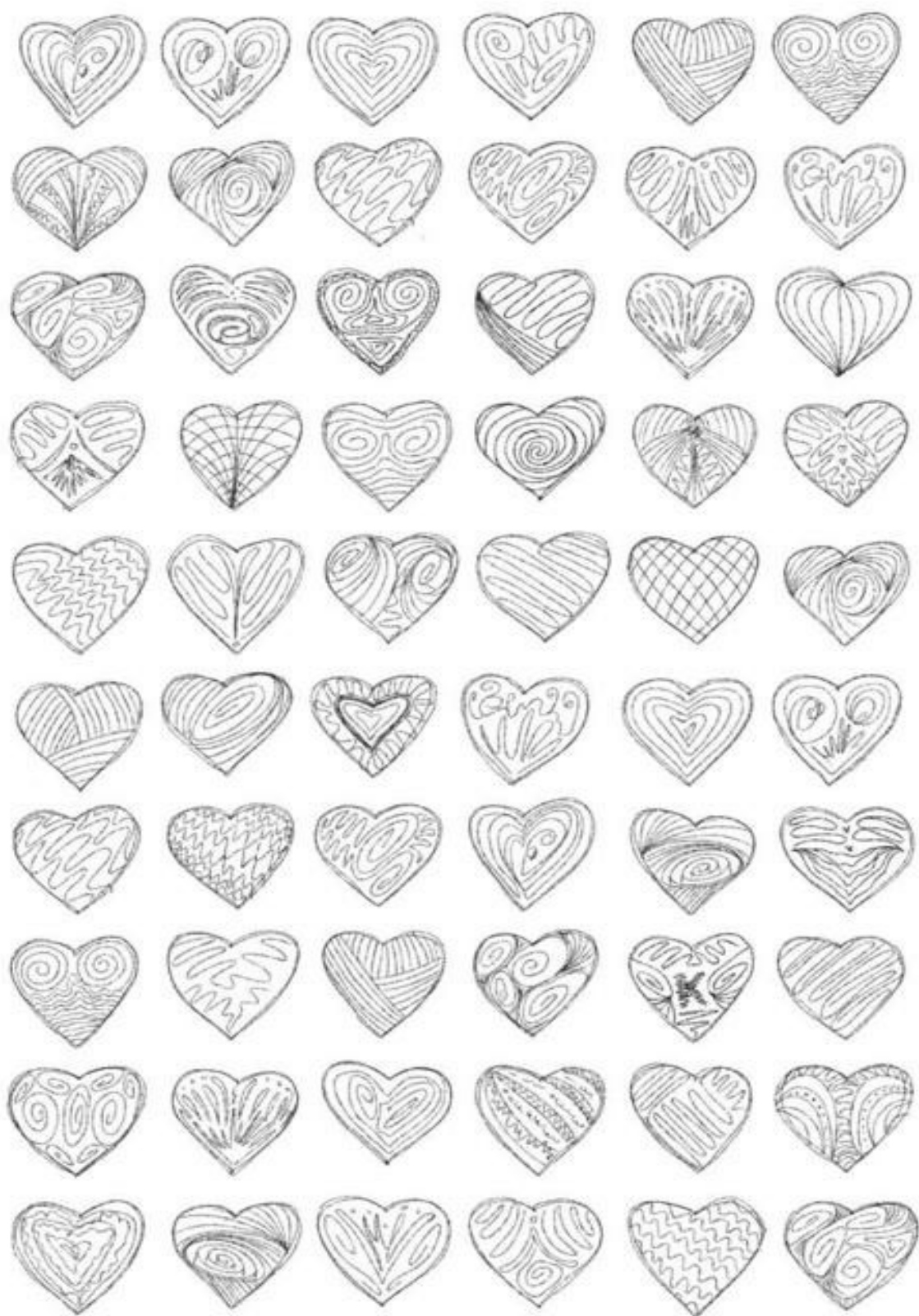




Scarlett

Meera Kean



Scarlett
Meera Kean

*A las que aman los retos
y se les pone el “corazón” a mil
con los libros de Dark Romance*

ADVERTENCIAS DE CONTENIDO:

*Tentativa de agresión sexual. Suministro de sustancias ilícitas. Sexo explícito. Voyerismo.
Violencia. Mención al suicidio.*

10.01

«Tengo que follar con alguien esta noche».

Pensé que escoger a cualquiera en mi lista de candidatos resolvería el problema. El rubio con la cabeza entre mis piernas demostraba lo contrario.

Si un hombre iba a ponerse de rodillas frente a una mujer, debía ser para hacer las cosas bien.

¿Pedir matrimonio? Sé un buen esposo, al menos fiel.

«Qué bajas expectativas tenemos con los hombres y ni eso son capaces de dar».

¿Sexo oral? Requerimiento básico: saber dónde está el clítoris. Si eres malo haciéndolo, baja con un mapa o lo que sea necesario. No te pongas a repartir saliva por todas partes.

Me acomodé en el sofá para guiarlo al punto correcto, pero no sirvió de nada. Quizás él no sabía lo que hacía. Quizás era yo la que no era capaz de concentrarse.

«Maldita la hora en la que apareció Aaron Knight».

30 Minutos Antes

—¿La puedo invitar a tomar algo, señorita?

Ahí estaba el número uno en mi lista: de traje, pelo rubio, impecable; el hombre que planeaba follarme esa noche... para empezar.

—Depende de la bebida.

Sus ojos bajaron por mi cuerpo, devorando cada centímetro.

—El bartender me aseguró que este es su mejor champán.

Acepté la copa y estaba a punto de preguntarle qué le parecía si le ofrecía al bartender irnos los tres a una habitación para hacer algo más divertido, pero vi las burbujas, demasiadas burbujas. En el fondo, algo diminuto terminó de disolverse.

Me encontré con sus ojos oscuros, esperando atento a que bebiera. Llevé la copa a mis labios y fingí hacerlo.

—A partir de ahora confiaré más en ese bartender. Está delicioso.

—Me alegra. —Ofreció su mano y la estreché—. Julián Arriaga, el nuevo editor de Velvet Chic.

—¿La revista de moda?

—¿Sorprendida?

«¿De que un hombre capaz de drogar a otra persona esté en una posición de poder? No».

—Confundida. Conozco la industria de la moda y...

—Eres modelo. No me sorprende. —Negué y arrugó las cejas—. ¿Influencer? Por eso llevas un vestido de Mimí, la diseñadora. Tengo que aceptar que parece hecho para ti.

«Fue hecho para mí, imbécil».

Volví a «beber» y se mostró satisfecho. Se debía sentir como un ganador al haberme engañado.

—Ya sabes quién soy, pero yo no sé quién eres tú.

«Si lo supieras, no te habrías atrevido a acercarte, mucho menos a poner algo en mi bebida».

—Scarlett.

—¿Solo Scarlett?

—No hace falta el apellido.

Se encogió de hombros.

—La verdad es que no necesitas más. Es un nombre fuerte, digno de una mujer hermosa. —Deslizó un dedo por el escote pronunciado de mi vestido, rozando la piel expuesta—. El rojo le queda perfecto a las rubias, pero a ti... —Un sonido grave se escapó desde lo más profundo de su pecho—. Tienes el cuerpo de una actriz porno. Dan ganas de tenerte desnuda en mi casa todo el fin de semana.

—¿Actriz porno?

Me dio una sonrisa.

—Tranquila, no me interesa grabarte en lo que follamos. No lo haré. ¿Por qué no bebes un poco más?

Debía ser alguna droga que actuaba para volver dóciles a sus víctimas, porque se estaba relajando, cambiando su tono de voz de amable a dominante. Fingí obedecer y volví a llevar la copa a mis labios.

—Puedo ayudarte mucho si me das una buena mamada antes de que nos vayamos a mi casa.

—¿Qué tipo de ayuda? —susurré con mi voz más inocente.

—Te conseguiré trabajo en la revista como influencer o como embajadora de alguna marca importante.

—Pensé que era Mimí quien se encargaba de eso.

Su rostro se tensó. Fue satisfactorio ver lo diminuto y amenazado que se veía al quedar sin poder frente a otra persona.

—Pienso cambiar al personal y no dejaré que esa diseñadora de pacotilla meta las narices donde no debe. —Me acercó a él—. ¿No te gustaría que ese puesto de trabajo fuera tuyo?

—Sería genial —mentí con voz soñadora.

—Entonces vámonos.

Me tomó de la cintura y dejé la bebida en la primera mesa por la que pasamos, sin que lo notara.

—Pero la fiesta está empezando. ¿Por qué no nos quedamos?

Sonrió con malicia.

—Tienes razón, mejor vamos al baño y comprobemos lo que puedes hacer con la boca. —Me llevó hacia un pasillo desolado—. Me voy a correr en tu cara antes de que salgamos de aquí.

—Arruinarás mi maquillaje.

—No me importa y a ti tampoco te importará en unos minutos.

—¿Por qué?

Apretó mi trasero y me pegó a su costado en lo que caminábamos.

—En menos de cinco minutos te convertirás en una obediente muñeca. Será tu culpa por aceptar bebidas de desconocidos.

Me paré en seco y se sorprendió.

—Una lástima que no haya bebido ni una gota.

Julián Arriaga me miró de arriba a abajo.

—Tú...

—Ni bebiendo habría sido mi culpa, hijo de...

La ira se apoderó de él. Me tomó del pelo y tiró de mí hacia el baño.

—Suéltame. —Me retorcí y traté de meter la mano en el bolsillo trasero del vestido, hecho para esconder una navaja—. Si no me...

—Haremos esto a las malas —masculló.

—No sabes dónde te estás metiendo, maldito...

—¿Crees que puedes estar coqueteándome desde el otro lado del salón y que no voy a hacer nada? Una mujer como tú tiene que aprender a comportarse. —Me tomó del cuello y me pegó a la pared para evitar que huyera—. No soy un hombre al que puedas provocar, zorra.

—Dije que me soltaras.

Golpeó mi cabeza contra el muro, pero yo ya tenía el arma en la mano y...

—La señorita pidió que la soltaras —dijo una voz masculina al otro lado del pasillo.

—No necesito que nadie...

Un hombre de piel bronceada y pelo castaño oscuro caminó hacia nosotros con las manos en los bolsillos del pantalón. Sus ojos verdes cayeron sobre mí y miles de recuerdos pasaron por mi mente.

—Ya sé que no necesitas ayuda, Brooks, pero me gusta interrumpir.

Solo una persona me había llamado así durante toda mi vida. Si tenía dudas de quién era el hombre frente a mí, se esfumaron en el momento en que escuché ese apodo.

Julián me soltó y se acomodó el traje.

—Creo que se ha malentendido la situación. La señorita y yo...

La mirada asesina que recibió le hizo tragar sus excusas.

—Es mejor que se retire, señor Arriaga —dijo con voz glacial—. No es conveniente enfrentar a una Brooks enojada.

—Debería meterse en sus propios asuntos —masculló Julián.

—Y usted debería agradecer. Ella estaba a punto de acuchillarlo. —Señaló la navaja en mi mano—. Acabo de salvarle la vida.

Julián dio un paso atrás y me miró con los ojos muy abiertos. Iba a hacerle pagar, pero no lo amenazaría. Lo tomaría por sorpresa en el momento indicado.

Continuó retrocediendo hasta darnos la espalda y desaparecer.

—De nada —dijo con tono juguetón.

Su voz sonaba más grave. Había crecido varios centímetros desde la última vez que lo vi y con mis zapatos de tacón apenas le llegaba a la barbilla. Sus hombros estaban más anchos y el traje negro a medida se acoplaba a cada parte de su cuerpo. No era el chico de dieciocho años que recordaba.

—Brooks.

—Aaron.

Sonrió de medio lado.

—Di mi nombre completo. Aaron Knight, el hombre de tu vida.

Controlé mi sorpresa ante su desfachatez. El Aaron que yo conocía jamás habría dicho algo de esa manera.

—¿Los años trastocaron tus recuerdos?

—Para nada. Los dos sabemos que soy el hombre de tu vida.

—Entonces los años te volvieron estúpido y egocéntrico.

—¿Enojada? Te pones a la defensiva al escuchar la verdad cuando deberías agradecerme por haberte ayudado.

Hice girar la navaja entre mis dedos y la guardé.

—No la necesitaba.

—Eso no parecía hace un minuto. Quizás malinterpreté la situación y te arranqué de los brazos de tu amado.

—Además de estúpido, ¿te volviste sarcástico?

—Y tú... ¿Ahora eres una mujer dura o solo finges no ser la misma niña inocente? —Alzó la mano antes de que pudiera replicar—. Perdón. Jamás fuiste una niña inocente. Lo había olvidado.

Tuve que reír.

—¿Catorce años sin vernos y apareces como un exnovio dolido? Qué ridículo.

—Hace catorce años, tres meses, dos semanas, cuatro días, diez horas y veinte minutos, me rompiste el corazón. —Miró a su espalda—. Pero aparezco para salvarte de una situación

peligrosa.

—La próxima vez ahórrate el trabajo. No me gustan los hombres con complejo de superhéroe.

Ladeó la cabeza.

—¿Quién dijo que quiero gustarte?

—Tú siempre quieres mi atención, Aaron.

Ignoré su risa al pasar por su lado.

—¿Sabes lo que le habría sucedido en la antigua Babilonia a ese tipo? Era legal mutilarlo... No sé... Cortarle una mano por lo que intentó hacerte.

Me detuve.

—No estamos en el instituto. No me impresionan tus conocimientos de historia antigua y medieval. —Miré sobre mi hombro—. Ya no soy una niña.

—Se nota. Me estás mirando como si quisieras arrancarme la ropa.

—Imbécil.

Continué mi camino de vuelta a la fiesta. Mi fachada se cayó a pedazos al dejar de verlo. Las piernas me temblaban y el corazón quería salirse de mi pecho.

«Necesito al número dos de la lista».

Localicé al rubio del esmoquin azul claro. Él era mi salvación. Rubios, siempre rubios. Jamás había podido follar con alguien de pelo castaño. Me recordaban a Aaron.

10.10

—Es suficiente.

—¿Qué?

Sostuve de la barbilla al rubio que estaba de rodillas ante mí para que no volviera a meter la cara entre mis piernas.

—No estamos yendo a ningún lugar con esto.

Arreglé mi vestido y me puse de pie.

—Pensé que...

—Diría que se me quitaron las ganas. —Me arreglé el pelo y me miré al espejo del tocador —. Pero no se me da bien mentir. Cambié de idea.

Le di la espalda y, antes de cerrar la puerta, escuché el «maldita zorra» que me dedicó.

«Zorra dos veces en menos de una hora. Un récord personal».

—¿Por qué estás saliendo de una habitación? —preguntó Mimí cuando nos encontramos a mitad del pasillo.

—¿Por qué gastas saliva preguntando?

El rubio del traje azul nos pasó por el lado.

—Supongo que salió mal si no vienes con una sonrisa.

—Se me quitaron las ganas.

—¿Pasó algo?

—Pasó alguien. Tenemos que deshacernos del nuevo editor de Velvet Chic.

—Todavía no lo conozco. ¿Por qué...?

—Intentó drogarme.

—¡¿Qué?!

—Hay que eliminarlo de la revista, ya veremos cómo. Y antes de que preguntes, sí, me di cuenta a tiempo y...

Me tomó del brazo.

—¿Por qué tus guardaespaldas no están en la fiesta?

—Es tu casa. Nada me va a pasar aquí. —Ladeó la cabeza con gesto escéptico—. Vale. Casi pasa algo, pero me puedo defender sola.

—Esto es serio, Scarlett. ¿No le dijiste tu nombre? No se hubiera acercado a ti sabiendo que eres...

—Cuando necesitas demostrarle poder a otra persona usando un cutre apellido, es porque realmente no tienes poder.

—Guarda las frases célebres para otras amigas.

—No tengo.

Bufó.

—¿Dónde está ese tipo ahora? Haré que lo saquen.

—De seguro huyó.

—¿Cómo te libraste de él?

—Nos interrumpieron antes de que pudiera acuchillarlo. Una lástima. Y ya deja de hacerme preguntas.

Se unió a mi paso para regresar a la fiesta.

—Tu mal humor tiene que ver con lo que pasó, con el mal polvo del rubio o con el hombre que me preguntó por ti hace un momento.

—¿Qué hombre?

—Pelo castaño, muy alto, atractivo; con voz de las que te hace mojar las bragas.

«Aaron».

—No sé de quién hablas.

Rio con la elegancia que la caracterizaba. Al menos ya no estaba enojada por haberles dado el día libre a mis guardaespaldas.

—Sí lo conoces. No sabes mentirle a la gente que quieres.

—Ya calla.

—¿Quién es? No es para nada tu tipo.

Mimí era mi mejor amiga desde la universidad y sabía todo de mí, a excepción de Aaron.

—¿Recuerdas que una vez mencioné a un novio del instituto?

—¿Es él? —Asentí—. ¿Por qué te busca?

—No lo sé.

Me detuvo y entrecerró los ojos.

—¿Por qué nunca he oído su nombre? Pensé que era uno más y ya.

Exhalé un suspiro.

—Fue mi primer novio. Yo era una Brookwood del instituto de élite más lujoso del país y él entró gracias a una beca. Era huérfano, inteligente, jugador de hockey y... —Me aclaré la garganta—. Nos enamoramos.

—¿Enamorada? ¿Tú?

—Era joven y tonta. Mi padre no lo aprobaba y le hizo la vida imposible. Casi pierde la beca y lo expulsaron del equipo. Siempre nos alejaba hasta que logró separarnos —dije a toda velocidad—. Yo me casé, él desapareció y fin de la historia.

Tomé dos copas de champán de uno de los camareros que pasó por nuestro lado. Mimí torció los labios al aceptarla.

—No quieres contarme los detalles. Lo entiendo. —Brindamos y bebimos—. Olvidemos el tema y vámonos a otro lugar.

—No puedes irte de tu propia fiesta, no es ni medianoche.

—Es mi fiesta, puedo hacer lo que quiera.

Varias personas salieron del elevador y saludaron a Mimí, algunas llevaban regalos. Mi amiga mintió al decir que estaría de regreso en unos minutos.

—¿A dónde vamos? —preguntó, emocionada—. Quiero hacer algo divertido, es San Valentín y estoy soltera.

—Antes tengo que pasar por el casino. Asuntos con el bar.

—Odio el Luna Roja.

—Porque siempre terminas borracha con los cócteles, no culpes al lugar. Solo voy a verificar unas cuentas con Víctor.

—Y después seguimos de fiesta.

Las puertas del elevador estaban a punto de cerrar cuando una mano lo impidió.

—Señorita —dijo Aaron con un elegante movimiento de cabeza para saludar a Mimí antes de mirarme—. Brooks, nos volvemos a encontrar.

—No por casualidad.

—¿Ya te dijeron que estaba buscándote?

Mimí fingió no estar en el pequeño espacio mientras descendíamos.

—Te aconsejo no buscarme tanto.

—¿Por?

—No tengo ganas de verte la cara.

Miró a mi amiga.

—¿Tú también sabes notar cuando está mintiendo? —Ella se aclaró la garganta para no contestar y Aaron sonrió—. Tomaré eso como un sí.

Se cruzó de brazos y se paró a mi lado. Tenía que alzar la barbilla para sostenerle la mirada. Había olvidado eso.

—¿No te apetece ponernos al día, Brooks? —preguntó con una media sonrisa.

—No hay nada que quiera contarte o que quiera oír de ti.

—Estoy seguro de que te encantaría verme sin ropa.

—Ni en mis peores pesadillas.

Rechistó y la palabra «mentirosa» salió por lo bajo.

—Juegas conmigo, me engañas y me dejas sin una palabra, pero cuando nos reencontramos, ¿eres tú la que está enojada? —Alzó las cejas—. Algo no me cuadra.

—¿Quieres hablar de algo? Ya lo hicimos. —Le sonreí—. Te dije que te has convertido en un ególatra y no pierdo mi tiempo con gente así. Los años no te vinieron bien.

—A ti sí. Estás hermosa.

—Ya deja de...

—¿Sabías que era la chica más popular de nuestro instituto? —le preguntó a Mimí—. Todos morían por ella.

—No me sorprende. Scarlett siempre ha sido linda. —La situación se tornaba cada vez más incómoda—. He visto fotos de su adolescencia.

—Has visto sus fotos, pero no me conoces. Debo salir en alguna porque... —Me miró—. A menos que las hayas borrado todas. ¿Lo hiciste? ¿Tanto te dolía recordarme?

—Basta. —Lo enfrenté—. Deja de hablar como si fuéramos viejos amigos y de preguntar por mí. No quiero que nadie me conecte contigo.

Sonrió de medio lado y un gesto tan simple hizo que la sangre me hirviera como no había pasado nunca. Tenerlo cerca despertaba cada parte de mí y necesitaba evitarlo.

—Estoy de regreso a la ciudad. Vamos a vernos muy seguido.

—Es una ciudad grande. Si nos encontramos «por casualidad», ignórame y listo.

Llegamos a la planta baja y evitó que saliera del elevador.

—Brooks, no te lo tomes en serio. Estaba bromeando cuando dije lo de verme sin ropa.

—No me importa, pero si no puedes ignorarme, la próxima vez que nos crucemos, háblame con respeto. No soy Brooks.

—¿Eres Scarlett Brookwood? —masculó y todo rastro juguetón abandonó su voz—. ¿La princesa quiere que le hable con respeto?

—Reina —especifiqué—. Y me refería a mi apellido. Es Delacroix, señora Delacroix. Espero que no hayas olvidado que soy una mujer casada con el dueño de esta ciudad.

Su rostro se ensombreció y yo pude levantar todas mis defensas para mostrarme imperturbable.

—Bienvenido de vuelta a la ciudad, señor Knight. Pase un hermoso San Valentín.

Su mandíbula se tensó y se fue sin mirar atrás. Mimí, que había estado en medio del *lobby* para darnos privacidad, corrió hacia mí.

—¿Qué demonios fue eso?

—Nada.

Me sacó del elevador e ignoró a los que nos miraron extrañados por la manera en la que me arrastró hasta la calle.

—Scarlett, ¿qué pasó?

Volví a la realidad. El instinto me hizo buscar a Aaron con la mirada.

—Nada —repetí—. No pasó nada con él.

—¿Por eso usaste tu apellido para poner distancia? Pensé que eso solo lo hacía quien no tenía el poder de verdad.

—Ese es el problema —murmuré—. Con él no lo tengo, nunca lo he tenido.

Demoramos porque a Mimí se le antojó comer pastel. Al llegar, el casino estaba rebosado de clientes.

—Parece que hay parejas que vienen a celebrar San Valentín apostando —se burló—. Cuando crezca, quiero estar casada con un criminal malote que le guste andar de casino en casino ganando más y más dinero.

La miré con mala cara.

—Primero, tienes treinta y dos años, grande estás. Segundo, no pidas lo que no deseas, mucho menos un matrimonio. No sabes cómo te lo van a dar.

—Supersticiosa.

—Yo deseé con todas mis fuerzas casarme para irme de casa y no volver a verle la cara a mi padre. Mira cómo resultó manifestar de la manera incorrecta. Me casaron con un hombre treinta años mayor.

Mimí odiaba a mi esposo. Su rostro cambiaba con solo mencionarlo.

—Al menos eres multimillonaria. Cuando el viejo hijo de puta te ponga en su testamento y se muera, que espero que sea pronto, heredarás todo.

—Pero a qué precio —murmuré al entrar al bar y Mimí se dio cuenta de que si continuábamos, la conversación se iría a terreno peligroso. Mi pasado era un pozo oscuro al que era mejor no asomarse.

—Señora Delacroix —dijo Víctor, el administrador de Luna Roja—. Un placer tenerla aquí esta noche. El señor Delacroix...

—¿Mi esposo está aquí?

—No, dijo que estaba algo cansado, que no podría venir. —El alivio me recorrió el cuerpo—. Pero dejó algo para usted.

Me entregó una bolsa de color rojo. Dentro había una caja del mismo tono carmesí con un lazo en la esquina y mi nombre en letras blancas.

—Bombones de diseñador —musitó Mimí.

—Fueron hechos exclusivamente para usted. El señor Delacroix le desea un feliz San Valentín.

Evalué la costosa caja. De seguro estaban deliciosos, pero no pensaba comer ni uno.

—Gracias por escoger un regalo tan bonito, Víctor. Estoy segura de que fue difícil conseguir algo así de exclusivo con el poco tiempo que mi esposo te debe haber dado para tener un regalo «a mi altura».

Sonrió por condescendencia. Víctor me apreciaba, pero jamás aceptaría la basura de hombre que me había tocado por esposo; le era demasiado fiel.

—El señor quería estar aquí con usted —dijo con el mismo tono jovial—, sin embargo, ha sido un día con mucho trabajo. Además, mañana es la reunión con los nuevos inversionistas. ¿Usted asistirá?

—Por supuesto. ¿Qué haría mi esposo sin mi consejo? —ironicé.

Guardé la caja de bombones en mi bolso y se lo di a Mimí para que fuera a la barra a pedir algo. No quería perder mucho tiempo, sin embargo, un chico entró corriendo y nos interrumpió.

—Tenemos un problema, señor. Las mesas de póker, un ganador recurrente.

—¿Cuánto? —quise saber.

—Cinco millones.

—¿En las mesas centrales? —Miré a Víctor—. ¡¿Cómo permites que pase esto?!

—En las privadas —dijo el chico con voz temblorosa.

—¿Privadas? ¿Siguen con las mesas ilegales?

—El señor Delacroix autorizó que se abrieran en determinadas fechas para clientes selectos —explicó Víctor.

—Y las decisiones no las toma él solo.

—El señor...

—Por culpa del imbécil de mi esposo cinco millones saldrán por la puerta esta noche y no sé qué contador hará la magia para hacerlos legales —espeté.

—Permítame...

—Yo arreglaré esto y tú. —El chico se puso pálido al tener mi atención—. Llévame a la sala privada.

Víctor no dijo más, sabía que interponerse en mi camino terminaría mal para él.

Atravesamos el casino. Sonreí y saludé con mi mejor máscara de naturalidad. Siempre los problemas terminaban en mí, era la abogada principal de mi esposo. Por eso vivía controlando todo, para no tener que lidiar con los platos rotos.

—¿Quién es el recurrente?

—No sabemos, señora. Uno de nuestros clientes de lujo hizo una llamada para que lo dejaran participar.

—Ni siquiera lo conocen. Genial. Estoy rodeada de imbéciles.

Entramos al pasillo con las salas privadas. Afuera había por lo menos tres guardaespaldas por cada puerta. No me preocupaba, teníamos personal de seguridad suficiente y el lugar preparado para enfrentar cualquier situación.

—Es el hombre vestido de negro —murmuró el chico cuando entramos a la sala.

«¿Por qué siempre los problemáticos usan ropa negra?».

La habitación tenía unos seis guardaespaldas cerca de la pared, conservando distancia de sus jefes: dos de nuestros mejores clientes, amigos de mi esposo y accionistas de nuestra empresa. Al otro lado de la mesa estaba el problema, el que parecía ser *mi* problema de la noche: Aaron.

Me dirigió otra de sus sonrisas torcidas y fingí no conocerlo.

—Señores. —Gané la atención de todos al pararme cerca de la mesa entre los amigos de mi esposo. Uno me ignoró, el otro me devoró con la mirada—. Me han dicho que llevan una mala racha.

—Una terrible, Madame Delacroix —dijo el señor Yang y puso una mano sobre mi cintura—. ¿Viene a regodearse o hay otras razones?

Odiaba que un desconocido me tocara. Si era un hombre mayor que yo, peor: me recordaba a mi esposo.

—Debería mantener las manos quietas, señor Yang —intervino Aaron desde el otro lado de

la mesa—. Por prestar atención a lo que no debe, ha perdido casi tres millones de dólares.

—Puede que sea porque cierto jugador está haciendo trampa —masculló Yang—. ¿Eso vienes a comprobar, amor?

—Señora Delacroix —especificó Aaron y sus ojos no se separaron de la mano que me tomaba de la cintura—. Y deje de tocarla. Ahora.

La fuerza de sus palabras me paralizó. Su rostro me decía que era capaz de hacer cualquier tontería.

—Dije que dejara de tocarla o perderá los dedos —advirtió al poner una Berreta 92 a la vista, apuntando a la cara del señor Yang.

Todos los guardaespaldas desenfundaron sus armas.

Aquel Aaron era peligroso. Si no tenía cuidado, todo se iría a la mierda.

—Tranquilos, niños —dije con una sonrisa—. No hay necesidad de alterarse.

Tomé la mano del señor Yang y la alejé con delicadeza. Aaron no dejó de amenazarlo.

—Bajen las armas o se verán en problemas —continué con suavidad—. Nos están faltando al respeto, a mi casino y a mí.

—No lo tome como algo personal, Madame Delacroix.

—No le hable y deje de mirarla —advirtió Aaron. Le quitó el seguro al arma y el resto hizo lo mismo.

Controlé mis ganas de gritarle por ser tan estúpido.

—Pueden matarse entre ustedes o bajar las armas y dejarme tomar un lugar en la mesa. — Les sonreí—. Prometo no hacerlos sufrir demasiado antes de quitarles todo su dinero.

Ninguno me tomaba en serio y cuando eso pasaba con personas que no me conocían bien era momento de cambiar de actitud.

—Les doy cinco segundos para que bajen las armas —murmuré y nadie movió un músculo, solo el chico que me había traído para salir por la puerta—. Cinco —dije—. Cuatro. —Mis ojos cayeron en Aaron y supe que no cedería. Nunca había sido una persona con una determinación suicida, pero había cambiado—. Tres.

Clavé mi navaja en la mesa, atravesando el fieltro y llegando hasta el grueso cristal. Se sobresaltaron por el inesperado movimiento.

—Dos. —Arrastré la navaja hacia mí y el chirrido fue como un grito agudo y escalofriante en la sala.

Todos se estremecieron. Aaron fue el único que se contuvo, solo arrugando el ceño.

—Uno.

De las paredes falsas salieron guardias de seguridad que tomaron a los guardaespaldas y los desarmaron. Otros se posicionaron a mi espalda y le apuntaron a la cabeza del señor Yang y del otro amigo de mi esposo. Tomé el arma del guardia más cercano y la apunté a Aaron.

—No crean que porque están tratando con una mujer pueden hacer lo que quieran —dije sin alterarme.

Lo único que me afectaba en esa sala eran los ojos verdes de mi exnovio. La posibilidad de morir no me había asustado en los últimos catorce años.

—Los quiero a todos fuera de mi casino ahora mismo. Lo que haya pasado en este juego queda anulado y el dinero... Solo me quedará el cincuenta por ciento de lo que se jugó en la mesa. Tómenlo como una compensación por su desobediencia.

—Su esposo...

—Mi esposo está durmiendo en casa. Si no quiere que la historia que yo cuente sea diez veces peor, más le vale mantener la boca cerrada o terminará muerto.

—¿Me estás amenazando, zorra de mierda?

«Tres en una noche».

Empezaba a gustarme el insulto. Puede que lo bautizara como la palabra de San Valentín.

—No hago amenazas, señor Yang. —Bajé el arma—. Salgan de aquí. Ahora. —Obedecieron a regañadientes y miré a Aaron—. Tú no te muevas.

Me sonrió.

—Tampoco pensaba irme.

—Cierren la puerta y que nadie entre —ordené a mis hombres.

—Si hubiera sabido que para tener tu atención tenía que sacar un arma, lo habría hecho empezando la noche —dijo cuando quedamos a solas.

—¿Qué coño haces aquí?

Aparté una silla y cayó al suelo.

—¿Estás alterada? ¿Necesitas relajarte? —Sonrió con desfachatez—. Soy bueno dando masajes... sin ropa.

—Déjate de juegos y responde. No es normal que aparezcas a donde quiera que voy.

—Vine a buscarte.

—Mentiroso.

—¿Por qué no confías en mí? Debería ser al revés. La traidora eres tú, no yo.

—Pensé que te había ofendido en nuestra última conversación y que me dejarías en paz.

Se encogió de hombros.

—Ya no estoy enojado. Tienes un poder especial sobre mí y cuando apareces vestida de rojo, con esa cara, esos ojos azules y esa boca... Se me olvida hasta mi nombre.

—Deja de mentir. —Me detuve a su lado—. ¿Qué haces aquí?

—Es un casino. ¿Tú qué crees? Vine a jugar póker y, por cierto, ¿es verdad que sabes jugar? ¿No te dan ganas de una partida? Podemos apostar ropa y el que primero termine desnudo tiene que...

—Deja de evitar mis preguntas.

Cruzó los brazos sobre su pecho.

—Quería ganar algo de dinero y me hablaron de este casino.

—El que sabes que es de mi esposo.

—Brooks, que me encantés no significa que sepa todo de ti.

—Mi nombre no es Brooks.

—Perdón, señora Delacroix.

Estaba provocándome y no iba a caer en su juego. Apoyé una mano en el reposabrazos y me incliné para quedar más cerca de él.

—Lo que te estoy preguntando es qué haces de regreso en mi vida.

—¿Piensas que estoy aquí por ti? Lo dije en broma.

—Pienso que te traes algo entre manos.

—Te equivocas.

—¿Recuerdas lo que dijiste sobre mentir?

—Que eres una mala mentirosa.

—Igual que tú. —Lo tomé de la barbilla—. También sé ver cuando estás mintiendo y, a diferencia de ti, no confío ni cuando creo que estás diciendo la verdad.

Hizo un puchero.

—¿Quién te hizo tanto daño?

—La vida.

—¿Cómo? ¿Regalándote lo que más deseabas en el mundo?

—¿Y eso es?

—Dinero, poder, casarte con un hombre que te da todo lo que la princesa merece.

Reí con ganas, como no lo había hecho en años.

—Sigues siendo el mismo niño inseguro que no se considera a mi altura. No eres más que una pérdida de tiempo.

Se me escapó un chillido cuando se puso en pie y me apresó contra la mesa. Apoyó las manos a los lados de mi cuerpo y se inclinó hacia mí.

—¿Tan cruel te has vuelto que quieres burlarte de un adolescente enamorado de la chica que lo usó?

—Preguntaría si te has vuelto tan imbécil como para no parar de decir chorradas, pero lo eres desde antes. —Ladeé la cabeza—. Aaron Knight, el niño pobre, siempre la víctima, sin padres que...

Me tomó del cuello y me acercó a su cara.

—No te atrevas a hablar de mis padres. No ensucies más la asquerosa imagen que tengo de ti.

—Entonces ¿por qué estás aquí? Soy asquerosa, detestable, una traidora que arruinó tu vida.

Sus ojos se fueron a mis labios.

—Y de todas formas me sigues volviendo loco.

Fui consciente de la cercanía de nuestros cuerpos. Su nariz rozó mi mejilla. Cerré los ojos cuando la calidez de su aliento acarició mi piel.

—Dime que no te pasa lo mismo —susurró—. Puede que todo fuera un juego para ti, pero yo te vi gemir y correrte cuando éramos jóvenes, eso no lo estabas fingiendo.

—Aaron, yo...

—Ya no somos niños —dijo sobre mis labios—. He aprendido mucho en estos años y estoy seguro de que tú también. —Estaba a punto de besarme, pero se detuvo—. Imagina lo bien que podríamos pasarlo aquí mismo y después en una de las habitaciones del hotel de tu esposo, en el baño, en la sala de estar... Llevo catorce años con ganas de follarte, sería una noche muy larga.

No podía negar lo que me ponían sus palabras.

—Terminaría agotada.

—No terminaría, princesa. Verías la luz del sol mientras te follo en uno de los balcones.

—¿Vas a pedir una habitación con vistas al mar?

—A la ciudad, Brooks. —Me subió encima de la mesa y se metió entre mis piernas—. Quiero que grites mi nombre frente a la puta ciudad de la que tu esposo dice ser dueño.

Acomodó mi pelo detrás del hombro y sus labios se deslizaron por mi cuello. Lo permití, mi cuerpo lo pedía a gritos. Seguirle el juego era peligroso y excitante.

—No te recordaba tan... —Mordió la base de mi cuello y me quedé sin palabras.

—¿Salvaje? ¿Directo? —Dejó un beso sobre la mordida—. ¿Con tantas ganas de follarte?

—Tan adinerado —dije, regresando al tono frío y distante, aunque mi cuerpo estaba en llamas—. El Aaron que yo conocía con esfuerzo podía comprarme flores.

Dejó salir una risa grave.

—La Brooks que yo conocía no usaba mis inseguridades para herirme.

Lo tomé del cuello de la camisa e impedí que se alejara.

—Los dos hemos cambiado y por eso ahora sé cuándo alguien me está mintiendo. Deja de evitar la pregunta y dime qué haces aquí.

—Te lo diré si aceptas jugar a los retos conmigo.

—¿Qué?

—¿Recuerdas que siempre nos retábamos? Antes de ser novios, cuando fingías odiarme, y después de ser novios también.

Era parte del día a día de nuestra relación, de las razones por las que jamás me aburría de Aaron. Cada segundo a su lado era lo único que podía llamar vida, lo demás había sido... vacío.

—No soy una adolescente y no tengo que cumplir demandas de un don nadie. Responde qué quieres para poder dártelo y que vuelvas a desaparecer otros catorce años.

—Ahora mismo lo que quiero es follarte encima de esta mesa... como primer reto. ¿Qué te parece?

—Que ignorar lo que digo solo te traerá problemas. —Le di dos toques a la mesa y tres guardias de seguridad entraron a la sala—. Sáquenlo. Me aburrí de verle la cara.

Aaron me guiñó un ojo mientras se lo llevaban.

—Nos vemos, Brooks.

—¿Por qué querías pasar por aquí? —preguntó Mimí cuando regresé a la barra.

—Víctor sabe que debe tener las cuentas en regla. Me encargo de que el imbécil de mi esposo no haga nada ilícito que me meta en problemas. —Tomé un trago de su martini, pensando en las malditas mesas de póker—. Aunque siempre termina cagándola.

—De alguna forma hizo todo el dinero que tiene. Nadie crea un imperio siendo buena persona y haciendo todo de la manera correcta.

—Lo sé, pero mi trabajo es limpiar su mierda para heredar negocios legales, no deudas y problemas. Y tú deberías hacer lo mismo y echarle un ojo a tu contadora.

—Todos hacemos algo ilegal en algún momento —me interrumpió—. La verdad es que siempre soñé con tener un mafioso obsesionado conmigo que se encargara de mí. Así no tendría que ensuciarme las manos.

Le pidió otro martini al bartender.

—No sabes de lo que estás hablando y si sigues bebiendo terminarás borracha, como siempre. Pensé que haríamos algo divertido.

—Y me traes a este maldito bar. —Entrecerró los ojos—. ¿Viniste a revisar cuentas o a ver a tu ex?

Seguí la dirección de su mirada. Al otro lado del bar, que empezaba a llenarse, estaba Aaron con una mujer de pelo rojo.

«Este hombre quiere terminar muerto».

—Lo que quiero es ver a ese desaparecer. Algo planea o no seguiría aquí.

—¿Por qué lo dices?

Le quité el martini y protestó.

—Le pregunté qué hacía aquí, pero inventó cosas y evadió la pregunta.

—Quizás no es nada. No sé por qué te parece tan extraño que un tipo de tu pasado aparezca y trate algo contigo. Estás divina, amor.

—No vas a distraerme con halagos. —Evité que recuperara su bebida—. No más alcohol para ti hasta que vuelvas a tus cinco sentidos. Y tengo muchas razones para sospechar que algo trama.

—Andas paranoica... como siempre.

—Íbamos a huir juntos, casarnos, hacer una vida en otro país. Se fue una semana a su pueblo y cuando volvió yo estaba casada. Técnicamente, nunca lo dejé, solo lo deseché. Mi padre se encargó de hacerlo ver así y le dijo quién sabe qué otras cosas para envenenarlo en mi contra. Desapareció y ahora vuelve como si nada. ¿No te parece sospechoso?

En la zona VIP, Aaron ocupaba un sofá con los ojos encima de la pelirroja que bailaba frente

a él.

—No me parece tan raro.

—En ese tiempo vivía atormentado porque estaba con la princesa Brookwood, a quien no tenía nada para ofrecerle y que sería infeliz a su lado. Mi padre lo metía en su cabeza a la mínima oportunidad y yo vivía tratando de hacerle entender que no era así, pero terminé casada con el hombre más poderoso de la ciudad. Aaron me odia. Si está aquí, es para vengarse o joderme.

—Tienes serios problemas de confianza. Eso o lo del efecto espejo, no recuerdo cómo iba. Cuando piensas que todos harán lo que tú harías.

—Con amigas como tú mejor adopto un par de serpientes venenosas.

Soltó una carcajada.

—Eres de las que buscarían una venganza si te hacen algo así. Lo sabes.

Le di vueltas a la copa en mi mano.

—No. Yo en su lugar no habría desaparecido; habría movido cielo y tierra para verme aunque fuera una vez, para oír una explicación. O directamente habría entendido que era un matrimonio forzado, que si aceptaba era porque lo estaban amenazando a él y yo no podía vivir sabiendo que le habían hecho daño y que...

No debía hablar de más. No por Mimí, por mí. Había tenido demasiadas emociones encerradas por años. Si las dejaba salir, nada bueno pasaría, empezando con que volverían las ganas de asesinar a mi esposo y a mi padre.

En ese momento, la pelirroja se arrodilló frente a Aaron y se apoyó en sus rodillas. Estaba oscuro, pero si yo podía verlo, igual lo haría el resto del bar.

—Estoy harta de este tipo —mascullé.

Ignoré los llamados de mi amiga. Pasé a la zona VIP y me detuve frente a Aaron. Sus ojos se iluminaron al verme.

—Esto es un lugar público —dije por lo bajo—. Deben controlarse.

—Parece que la única forma en la que logro llamar tu atención es haciendo cosas indebidas.

—Hay salas privadas. Paguen y úsenlas.

—¿La conoces? —preguntó la mujer.

Aaron me dio una media sonrisa.

—Es el amor de mi vida.

El estómago me dio un vuelco. Sentí los ojos de la pelirroja sobre mí.

—Es linda. ¿La llevamos con nosotros?

Aaron chasqueó la lengua varias veces.

—A Brooks no la comparto. Creo que mataría a quien se atreviera a tocarla.

Alcé una ceja.

—¿Se supone que eso deba ser sensual y atractivo?

—Es la verdad. Ya hay dos hombres en mi lista solo con la noche de hoy, imagina los que faltan.

—No me impresionas con amenazas.

—Lo único que quiero es que tengas tus ojos sobre mí, princesa, y lo estoy logrando.

—Si me sigues provocando, vas a tener algo más que mis ojos encima de ti.

—Esa es la idea.

—No me vaciles. Puedo hacer que tu vida se vuelva un infierno.

Se inclinó hacia delante y alzó la mirada.

—Me encantaría verte intentarlo.

La pelirroja dejó salir una risa baja y cortó mi llamado a seguridad para que lo sacaran.

—No sé si ustedes dos se miran como si quisieran matarse o comerse —dijo ella—. ¿Debería irme?

Junté la paciencia que había ganado con los años y la miré.

—Aquí pueden beber, bailar, besarse y meterse mano de la manera más sutil posible. Si quieren hacer algo más, hay salas privadas. Solo tienen que pedir una.

—Gracias —dijo ella y me dedicó una media sonrisa que devolví.

Bajé la escalera de tres pasos que dividía los reservados.

—¿Ya te vas, Brooks? —preguntó Aaron alzando la voz—. ¡Pero si empezábamos a divertirnos!

—Pasa una terrible noche, Knight.

Ignoré su risa y volví con Mimí.

—Quiero irme. ¿Te sientes mejor?

Analizó mi rostro en detalle.

—¿Estás celosa?

—¿Qué?

—Sí, yo estoy igual de sorprendida.

—Sigues borracha. Genial.

—¡Nunca pensé que te vería celosa!

De un trago, bebí el martini que acababan de servirle. Me miró sin dar crédito a mi comportamiento.

—Ese hombre es un peligro para ti.

—Solo tengo que poner distancia para que no me siga irritando su presencia. Vámonos.

—Mmm... Yo creo que nos podemos quedar un rato, parece que se va.

Aaron iba de la mano de la pelirroja, pero no hacia la salida, sino al fondo, donde estaba la puerta que comunicaba el bar con los salones privados. La ira me quemó por dentro.

«No son celos. No estoy celosa».

—¿Qué haces? —preguntó Mimí—. No me gusta esa mirada.

—¿Cuál?

—La que pones cuando estás buscando con quién follar para quitarte un dolor de cabeza.

—No tiene nada de malo. Así tienes tiempo para recuperarte antes de irnos.

Localicé a un rubio con camisa gris.

—Scarlett, no. —Me tomó de la mano—. Es el casino de tu esposo.

—A mi esposo jamás le ha importado serme infiel aquí o donde sea. Lo que yo haga a esta altura del juego da igual. —Miré al bartender—. Mimí tiene prohibido moverse de aquí o beber alcohol, solo agua.

—Pero...

—En media hora vuelvo.

Sus manos se deslizaron por mis piernas hasta amasar mi trasero. Jadeé al sentirlo contra mi entrepierna y desabroché su cinturón.

—Eres rápida —dijo con una sonrisa.

—No tengo mucho tiempo.

Acaricié su polla por encima de la ropa interior.

—Ni siquiera sabes mi nombre —masculló.

—No hace falta.

—Yo sé el tuyo, no es justo.

—Voy a dejar que me folles —musité en lo que subía mi vestido—. Eso es más que suficiente.

Metió los dedos en mí y el placer me invadió.

—No tengo condones —masculló en lo que me masturbaba.

—Yo sí —dijo una voz masculina a nuestra espalda.

Aaron, con los brazos cruzados a la altura del pecho, había movido la cortina del reservado.

—¡Sal de aquí, tío! —dijo el rubio. Me ayudó a sentarme y se arregló el pantalón—. Este es un lugar restringido. ¿Qué haces aquí?

—De seguro se perdió —me burlé, desafiando a Aaron con la mirada.

—Estoy justo donde tengo que estar. —Miró al rubio—. Desaparece.

—¿Qué?

—Estabas a punto de follarte a la esposa de Jax Delacroix, el dueño de este casino.

El hombre abrió mucho los ojos.

«Mierda. La diversión arruinada».

—¿Tú...?

—Sí. —Me acomodé en el sofá de cuero—. ¿Asustado?

—No dijiste que estabas casada.

—Deberías ser más observador. —Le mostré el anillo de diamantes en mi dedo anular—. ¿Vas a huir o te quedarás a follarme?

—Sal de aquí —exigió Aaron.

—Estoy a tu disposición —insistí.

El rubio me miró de arriba a abajo. Sabía lo que se perdía, pero la estatura de Aaron acojonaría a cualquiera.

—No quiero meterme en problemas.

—Cobarde —murmuré para mí misma al verlo desaparecer.

—Un hombre inteligente —discrepó Aaron—. Se fue antes de que tuviera que amenazarlo.

Se sentó en el otro extremo del sofá en forma semicircular. Acomodó la chaqueta de su traje y vi la Berreta 92.

—¿Cómo sigues armado si registran a cada persona que entra al bar?

—Quizás deberías renovar el personal de seguridad.

—Quizás deberías irte de una buena vez. Pensé que estarías ocupado con la pelirroja de antes, pero parece que acabas rápido porque estás aquí, arruinándome la noche... de nuevo.

—Después podemos hablar sobre ese «acabar rápido», de momento puedo decirte que no tienes por qué estar celosa. No tengo ojos para otra mujer que no seas tú y ella no soporta a los hombres obsesionados con su exnovia. Soy todo tuyo, Brooks.

Ladeé la cabeza.

—No estoy celosa.

—Que tengas que negarlo deja claro que lo estás y te entiendo, yo también lo estaría. Es más, ahora mismo solo quiero ir detrás de ese tipo para hacerlo pagar por meterte los dedos, quizás cortárselos. —Sonrió—. Pero lo dejaré pasar porque tú querías que lo hiciera.

Me quedé en silencio. Si seguía contestando a sus provocaciones, la noche se volvería interminable y no obtendría lo que quería de él: respuestas.

—¿Te quedaste muda? Impropio de ti.

—Antes hablaste de nuestros retos —dije, armando un plan en mi mente—. Los recuerdo, y sí, eran divertidos. ¿Te apetece jugar?

Su rostro se iluminó.

—Me encantaría. Empiezo yo. Quítate la ropa y fóllame.

—Las damas primero —puntalicé y tuvo que asentir—. Mi primer reto es que no vuelvas a hablar de que quieres follarme.

Frunció los labios y lo valoró.

—Hecho, siempre y cuando tú no vuelvas a huir de mí. —Alzó una mano cuando abrí la boca para refutar—. No te esfuerces en negarlo. Es lo que has estado haciendo desde la fiesta de tu amiga.

—Hecho. No huiré.

—Entonces es tu turno.

—Te reto a decir solo la verdad mientras hablemos.

Si íbamos a jugar, sería a mi manera.

—Solo si tú haces lo mismo.

Me mordí el labio. Me costaba mentir, pero no siempre hacía falta hacerlo para ocultar la verdad. Era mejor jugar con las palabras, algo que se me daba de maravilla.

—Tenemos un trato. —Acomodé mi vestido para dejar expuestas mis piernas y sus ojos me recorrieron con un brillo perverso; sin embargo, no dijo nada—. Empecemos con el interrogatorio.

—¿Interrogatorio?

—Te pedí la verdad y tú quieres lo mismo. ¿Para qué más sería el reto?

—Para conversar como viejos amigos.

—Pues yo lo que quiero es que me digas qué estás tramando.

—Demasiadas cosas. Tienes que ser más específica.

—Conmigo, esta noche, apareciendo curiosamente de la nada como el salvador.

—¿Estás queriendo decir que armé el teatro del tal Arriaga en la fiesta de tu amiga para quedar como «el salvador»?

—Qué curioso que pienses eso. No fue lo que dije.

—Lo estabas pensando. ¿Sí o no?

—Sí. —Iba a cumplir mi palabra. Nada de mentiras, solo verdades a medias—. ¿Lo planeaste tú o no?

—Nunca te pondría en una situación como esa.

En el pasado, jamás incumplíamos nuestros retos. En el presente, no le creía nada, era incapaz de confiar en alguien.

—Entonces ¿por qué apareciste?

Se encogió de hombros.

—Te vi en la fiesta y pensé que no tendría que acercarme a ti. —Rio por lo bajo—. Me equivoqué. No hay un lugar en el que tú estés y que yo pueda ignorarte.

Contuve la respiración.

—¿Te sorprende saberlo? —preguntó ante mi silencio.

—¿Qué quieres de mí?

—Verte, pasar la noche juntos y... Me retaste a no hablar de otra cosa que me gustaría hacer contigo. —Volvió a devorar mi cuerpo con la mirada—. Me quedaré solo en la parte en que me gustaría que nos pusiéramos al día, saber qué has hecho todo este tiempo.

—¿Ponernos al día?

—¿Qué tal tu matrimonio? ¿Cómo se siente haber obtenido todo lo que merecías?

—Como el puto infierno. —La verdad como una broma—. ¿Te alegra saber que he sido infeliz todos estos años?

—Sí.

—Lo he sido y también me he convertido en una hija de la gran puta.

—Se nota.

—Gracias. Ya tienes mi resumen: me casé y me hice multimillonaria. ¿Cuál es el tuyo?

—Me fui a estudiar al extranjero gracias a una beca de la fundación de tu padre.

—¿Y después?

—Empecé a beber, a fallar en todos los exámenes, perdí la beca y terminé viviendo en la calle.

—¿Eso es todo?

—Me convertí en lo que tu padre dijo que sería.

—¿Y eso es?

—Trabajo para un tipo importante y con negocios no aprobados por la ley.

Mi padre siempre repetía que Aaron no llegaría a nada, que su destino estaba en la calle, siendo un ratero, yendo por la mala vida, porque para eso existían los pobres, para volverse esclavos de cualquier hombre con poder y después morir jóvenes. Nunca lo creí posible.

—¿Por eso puedes entrar a una de las salas ilegales de póker de mi casino, andas con un arma y creas tantos problemas?

—Las dos primeras, sí, tengo influencias. La última, la verdad es que no había planeado que saliera así, pero vine a verte y un tipo cualquiera que te da bastante asco se atrevió a tocarte.

—¿Te volviste un criminal irracional e impulsivo que adora poner su cuello en riesgo?

—Oh, no, Brooks. Me convertí en un hombre muy calmado. El problema es que hoy descubrí que contigo no tengo control. Quizás debería alejarme de ti.

—Lo más sensato.

—Quitarte los ojos de encima.

—Y dejar de pensar en cómo luce mi cuerpo sin ropa.

—Eres malvada.

Sonreí de medio lado.

—¿Por qué?

—Me prohibes hablar de ciertas «cosas», pero me provocas. ¿Quieres hacerme sufrir?

—No sé... —Descrucé las piernas y me acomodé en el sofá—. Me aburro y sacaste de aquí a la persona con la que pensaba divertirme.

Sus ojos cayeron en mi entrepierna. Mi vestido estaba desparramado por el sofá y no cubría demasiado.

—No llevas ropa interior.

—¿No?

Su risa grave hizo que mi cuerpo se pusiera en vilo.

—Brooks, me has hecho sufrir lo suficiente en esta vida. ¿Por qué sigues?

—Puede que te pida que te acerques gateando y que pongas tu boca entre mis piernas. Puede que te rete. ¿Te gustaría?

—Estoy a punto de mandar a volar esa mesa y tirarme encima de ti para...

Chasqué la lengua repetidas veces.

—No incumplas tu reto —murmuré—. Nada de hablar de cosas de las que no quiero oír.

—¿Estás segura de que no quieres escuchar lo que estoy pensando ahora mismo? —Siguió el recorrido de mi mano por la parte interna de mi muslo.

—Convencida. Lo único que quiero es joderme.

Eso y meter la mano entre mis piernas para calmar el cosquilleo que me revolvía el vientre.

—Misión cumplida, Brooks. Estoy tan duro que me duele. —Su mandíbula se tensó—. ¿Qué más quieres de mí? ¿Esto es para que sea yo quien huya? ¿Por eso me torturas?

Mis ojos se fueron al bulto en su pantalón, no estaba mintiendo y eso me excitó más. No tenía ni idea de cómo había llegado hasta esa situación, pero no iba a dar vuelta atrás.

—Acabo de descubrir que me gusta verte sufrir.

—Yo ya lo sabía.

—Nunca te vi sufrir. —Llevé la mano a mi centro y gemí. Su cuerpo se tensó ante el sonido—. Es divertido.

—Me voy —dijo entre dientes, pero no hizo ni un movimiento. Sus ojos no se despegaban de mis dedos en lo que yo frotaba mi clítoris.

—Te reto a quedarte —dije con una sonrisa—. Solo puedes mirar, sin tocarme o tocarte.

—Eres una...

Metí dos dedos en mi interior y moví las caderas contra mi mano.

—Voy a dar un lindo espectáculo, Knight. ¿Quieres perdértelo?

—No es justo.

—Para nosotros la vida nunca lo ha sido.

—Dirás para mí. Para ti ha sido un paseo lleno de flores.

Gemí en lo que me masturbaba.

—Más espinas que flores, pero eso no te importa.

Llevé los dedos a mi boca y probé mi sabor. Se le escapó un gruñido.

—No juegues con fuego, Brooks.

—¿Te retiras?

Bajé los tirantes de mi vestido, liberando mis pechos.

—Mierda. —Se removió en el lugar.

—Acepta el reto o vete. —Me pellizqué los pezones y jadeé, cada vez mi cuerpo estaba más caliente—. Decídetes porque yo no voy a parar.

—Te voy a saltar encima, Brooks. No quieres seguir con esto.

—Si lo haces, se acaba la diversión y pierdes.

Me acosté en el sofá y le di una mejor vista de mi cuerpo para que imaginara cómo sería estar encima de mí. La frustración y la ira en su mirada solo me excitaban más. Odiaba perder, no se iría.

Arqueeé la espalda y volví a masajear mi sexo.

—Estoy tan mojada, Aaron. Estoy segura de que te encantaría sentirlo.

Cerró las manos en puño sobre las rodillas.

—Nunca llegamos a follar —murmuré con la vista en él, sin dejar de tocarme—. Seguro que lo has imaginado muchas veces.

—Más de las que me gustaría aceptar.

—Tu voz me pone —confesé—. Háblame.

—Lo único que haré será mirarte —masculló—. No voy a perder, Brooks. Voy a cumplir tu reto y después vas a pasarla muy mal cuando sea tu turno.

—Las amenazas me gustan. —Volví a meterme los dedos y esa vez no me detuve—. Los años me han dado fetiches muy raros.

—¿Cuáles?

—Me gusta que me mires.

Tenía los músculos de la mandíbula tensos y el cuerpo contraído. Moví las caderas contra mi mano, mi clítoris rozaba mi palma.

—¡Oh, Aaron! Más fuerte. —Sus ojos se abrieron a más no poder—. ¡Lo haces tan bien! Sigue.

—Brooks, ¿qué coño...?

—Te estoy imaginando —gemí, llevando más lejos el teatro—. Estás encima de mí, te tengo entre mis piernas. —Cerré los ojos y atrapé mi labio entre los dientes—. Eres demasiado grande para mí...

Jadeé y chillé. No era difícil imaginar lo que estaba contando; hacía la experiencia mucho mejor.

—¡Sí! ¡No pares! —supliqué—. Quiero que lo hagas más duro.

—Brooks, detente.

Lo miré.

—¿No te gusta? —lloriqueé en lo que amasaba mis tetas y sus ojos se iban a ellas—. No quieres que me corra con tu polla dentro de mí. —Gemí más alto y sentí los calambres que precedían a mi orgasmo—. Se siente tan bien. ¿Por qué no lo hicimos antes? ¿Por qué esperaste tanto tiempo para follarme, Aaron?

—Detente o...

—No quieres que pare —interrumpí, acelerando los dedos sobre mi clítoris—. Lo que quieres es correrte dentro de mí.

—Joder, Brooks...

—Te gustaría, ¿no es cierto? Sentir que no tienes que sacarla, marcarme como tuya y jamás permitir que otro se corra dentro de mí.

«La que se va a correr soy yo».

—Yo también quiero —continué, agitada, tratando de mantener el teatro—. Quiero sentirte —le provoqué porque ya no aguantaba más—. Córrete, déjame sentirte, quiero ser tuya y de nadie más.

—¡Joder!

Vi cómo se tensaba. Sus piernas temblaron. Mis pechos dolieron y un cosquilleo intenso se disparó a mi vientre. Maldije cuando el orgasmo me golpeó y no paré de tocarme mientras el placer subía y bajaba.

Veía todo oscuro con destellos blancos en el techo del salón privado. Esa era la sensación que había estado buscando desde el inicio de la noche y cuando mi cuerpo se relajó sobre el sofá llegó la satisfacción.

Dejé caer la cabeza hacia atrás. Aaron seguía tenso, pero había algo más, estaba enojado.

—¿No te gustó? —Sonreí y deslicé un dedo entre mis pechos—. ¿Fue demasiado para ti o es que te avergüenza haberte corrido en los pantalones como un adolescente? —Entrecerró los ojos—. Ni siquiera te tocaste. Das pena.

—¿Eso era lo que querías? ¿Burlarte?

—No. Quería demostrarte que no te conviene estar cerca de mí porque siempre vas a quedar en ridículo.

Acomodé mi vestido y me puse de pie. Ignoré el mareo y las piernas temblorosas; fue por eso por lo que no vi venir su brusco movimiento. Me hizo caer sobre su regazo.

Sus manos enormes me acomodaron a horcajadas sobre él. Bajó mis tirantes, atrapó uno de mis pechos y el otro lo mordió. El sonido que salió de mí fue entre un grito y un jadeo.

—¿A dónde crees que vas? —gruñó, apresándome con sus fuertes brazos.

—A seguir mi noche.

Me apretó contra su entrepierna y sentí lo duro que estaba.

—Pues la vas a seguir conmigo —dijo sobre mis labios— y lo primero que harás será decirle a uno de tus empleados que me traiga ropa limpia.

—No sigo órdenes de nadie, menos de ti.

Volvió a morder mi pezón y esta vez se entretuvo en lamerlo y chuparlo mientras yo me retorcí de placer.

—Hazlo o te obligaré a repetir lo que hiciste ahora mismo y no tendré las manos quietas esta vez.

—No puedes obligarme a nada.

—Puedo retarte y pienso correrme dentro de ti de verdad.

Mi vientre se tensó y mi piel se puso de gallina. Una media sonrisa se posó en sus labios.

—Eso te gusta. —Frunció el ceño—. Es la amenaza o saber que no la voy a sacar antes de correrme.

—Dije que no podías...

—¿Hablar de que quería follarte? No lo estoy haciendo. No estoy diciendo lo que quiero, estoy diciendo lo que haré.

—Eso es un tecnicismo.

Lamió mis pechos y controlé mis gemidos.

—Lagunas legales, Brooks. —Sus manos apretaron mi cintura y me movió contra su regazo—. Eres abogada, las conoces bien.

—No eres más que un mentiroso de mierda.

—Igual que tú.

—Te odio.

—Me amas más de lo que me amabas hace catorce años.

Detuvo mi mano antes de que pudiera cruzarle la cara de una cachetada.

—Ropa nueva y una habitación de las que están en el hotel del casino —exigió—. O lo hacemos a mi manera y no saldrás de aquí en toda la noche.

Tragué en seco. La amenaza, el reto, el peligro. No sabía qué me excitaba más.

«Joder. No estoy nada bien».

Y él también lo notó. Dejó salir una carcajada.

—Te gustaría que lo hiciera, lo prefieres. —Sus ojos analizaron mi rostro—. Estás más perversa, rota y oscura de lo que creí. —Se acercó a mis labios—. Eso me pone mucho, Brooks.

Nuestras respiraciones se entremezclaron. Estaba jodida, muerta de miedo.

Aaron me llevaría a la ruina si seguía cerca de él y, sabiéndolo, lo único que deseaba era desabotonar su pantalón, rogarle que me follara y no detenernos hasta la mañana siguiente o hasta el fin de los días.

—Te daré una habitación —dije por lo bajo.

Sonrió sobre mis labios.

—Te ves hermosa cuando estás asustada.

Me puse de pie y fingí indiferencia. No solo estaba asustada, quería salir huyendo antes de que todo se fuera a la mierda.

Subí a Mimí a la suite presidencial. Ya no estaba borracha, pero si no le dabas comida o un incentivo después de que bebía, se quedaba dormida y no había Dios que la levantara hasta el día siguiente.

Salí de la habitación que siempre usaba mi amiga. La sombra de un hombre se dibujaba contra el ventanal del salón.

Aaron tenía el pelo mojado, peinado con las manos. Llevaba la camisa desabrochada y la chaqueta descansaba sobre el respaldo del sofá. Había pedido ropa nueva antes de tomar un baño.

En las manos tenía algo rectangular. Le quité la caja de bombones y la guardé en mi bolso.

—¿Es un regalo?

—De mi esposo y no vuelvas a meter las narices donde no te llaman. No me gusta que toquen mis cosas.

Sonrió.

—¿Por qué no te los has comido? Te encantaba el chocolate.

—No tengo ganas.

—¿No te parece un regalo muy soso viniendo de un hombre que gana millones al día?

—Eso no te importa.

—Me parece que no tienes un buen matrimonio o que ya no te gusta el chocolate.

—¿Qué te importa?

—Me da mucha satisfacción saber que casarte con un viejo multimillonario te ha hecho infeliz.

Fue mi turno de reír.

—Ya te lo confirmé, no seas repetitivo. He vivido catorce años de tormento.

—Pero es un cambio justo. —Apreté los dientes cuando se acercó para acomodar mi pelo por detrás del hombro—. Todo el dinero y la posición social con los que soñabas a cambio de tu felicidad. El universo siempre hace de las suyas, crea un balance.

Me quedé mirando sus ojos con ganas de hablar lo que no debía para que se tragara sus palabras, pero eso jugaría en mi contra.

—Y a mí me hace muy feliz saber que tu vida se fue a la mierda después de que te dejé.

—Entonces el universo no siempre es justo, yo no merecía el castigo.

—Quizás sí. A veces cometemos errores sin darnos cuenta.

Me miró de arriba a abajo.

—Nunca pensé que fueras a intentar justificar lo que hiciste. Realmente has cambiado, Brooks. La chica que pensé que conocía habría aceptado que la cagó, me habría dado la cara y...

—Deja de llamarme Brooks y sal de mi suite.

Caminé hacia la puerta.

—¿A dónde vas?

—Es San Valentín, todavía le falta mucho a mi noche.

No sabía a cuántas fiestas o con cuántos hombres tendría que estar para olvidar lo que había pasado en la última hora. Lo descubriría.

—¿Vas a huir? ¿Vas a incumplir mi primer reto de la noche?

Mi mano se congeló sobre el picaporte. Sus pasos acercándose hicieron que mi voz interna gritara «corre», pero mis piernas no respondieron.

—Tengo cosas que hacer.

Abrí la puerta y la luz del pasillo se coló al recibidor. Su mano sujetó la mía y me impidió salir.

Tenía la camisa remangada hasta los codos, la piel de su antebrazo quedaba expuesta, cubierta en tatuajes negros con detalles azul eléctrico. Mis ojos recorrieron las líneas y llegaron hasta su pecho. La franja de su torso que quedaba expuesta mostraba un cuerpo tonificado, abdominales marcados y más tatuajes.

Mi respiración se agitó. El Aaron que yo conocía jamás habría puesto una aguja sobre su cuerpo.

—¿Sorprendida con algo? —musitó cuando pasaron los segundos y yo no aparté los ojos de su pecho—. Tuve que hacerme algunos tatuajes para formar parte del mundo al que me uní.

Sabía que muchas pandillas y organizaciones criminales exigían determinados tatuajes. Tragué con dificultad. Había ocultado el dolor cuando me había contado de su pasado. No me daba ninguna satisfacción que Aaron, *mi* Aaron, la persona más dulce que había conocido, terminara en un mundo tan bajo.

Lo odiaba, le guardaba rencor por lo que pudo hacer y no hizo, pero imaginar lo que había sufrido o cómo se había convertido en todo lo que él mismo despreciaba era...

—Después me gustaron y se me fue de las manos el arte corporal —agregó, interrumpiendo mis pensamientos—. De las caderas para arriba solo tengo un lugar vacío.

Arrugué las cejas cuando se apartó la camisa. Sobre el pectoral izquierdo había un pequeño espacio de piel virgen, del suave tono bronceado de su piel.

—Es para un beso tuyo.

Encerré a la adolescente que había estado enamorada de Aaron Knight, el capitán del equipo de hockey, a Brooks, y volví a ser Scarlett.

—Eres patético.

Me tomó de la cintura cuando le di la espalda y pegó mi cuerpo al suyo. Sentí su calor, la dureza de sus músculos. Sus labios rozaron mi oreja y la piel de mis brazos se erizó.

—Me debes un reto —murmuró con voz sensual.

—¿Quieres que te bese el pecho para terminar tus ridículos tatuajes?

—Eso lo harás antes de que salga el sol y sin que yo lo pida. Mi reto es otro.

—Habla o suéltame.

—Ven conmigo.

—¿A dónde?

—Ese es el reto. Ir conmigo sin saber a dónde. ¿Aceptas o te rindes?

Me revolví y me soltó.

—Es el último reto de la noche —advertí—. Cuando lleguemos al lugar que sea que me lleves, desaparezo.

—Puede que no quieras irte. Quizás te animas a retarme a algo más y el juego continúa.
Eso no iba a pasar, pero tampoco pensaba dejar que ganara.
—Espérame abajo. Tengo que ducharme antes.

—Te cambiaste de ropa —dijo cuando me detuve frente a él—. ¿Alguna razón en específico?

Sus ojos no se apartaban del escote recto de mi vestido que me ponía las tetas casi en las clavículas, como acostumbraba a decir Mimí.

«Misión cumplida. Lo dejé babeando».

—El otro vestido estaba sucio.

—¿Y con este no tienes frío?

Llevaba la espalda al descubierto. La parte superior se amoldaba a mi cuerpo y se abría desde la cintura en un corte de «A», voluminoso y extremadamente corto.

—Me gusta pasar frío. —Caminé por su lado hacia la calle—. La belleza conlleva sacrificios.

—Y te gusta que te miren y esperen a que te inclines para ver qué hay debajo de ese vestido.

—Se detuvo al borde de la acera, a mi lado—. Ojalá lleves bragas esta vez.

—Creo que las olvidé arriba. —Rio por lo bajo—. ¿Qué te parece gracioso?

—Primero, que te guste ser observada. Lo tendré en mente por el resto de la noche. Segundo, si no llevas bragas, será bastante incómodo sentarte en un taxi.

—¿Taxi?

Alzó una ceja.

—Tu reto es ir a donde yo diga.

—Eso no incluye el transporte que tú escojas. Tengo auto y chofer.

—Pero un pobre diablo como yo no puede permitirse ninguna de esas cosas. —Pegó un chiflido y un taxi se detuvo frente a nosotros—. Entra.

Me tomó del brazo y me hizo subir. Me acomodé como pude en el asiento trasero. Le pasó un papel al taxista a través de la ventanilla que nos separaba de la parte delantera y el hombre salió a la avenida.

—¿Qué coño haces?

—Recordarte lo que es la vida común.

—¿A dónde me llevas?

—Aunque habría sido mejor obligarte a tomar el metro.

—Responde —espeté y su sonrisa solo me hizo enojar más.

—Si no te calmas, esto no será divertido.

—No lo será de ninguna manera. La única razón por la que estoy aquí es porque no soporto perder.

—Me encargaré de que pases un bonito San Valentín.

Descansó la mano sobre mi rodilla y me atraganté con el veneno que estaba a punto de soltar para insultarlo. Sus dedos se deslizaron por el interior de mi pierna.

—¿Qué haces? —murmuré entre dientes.

—No sé... ¿Venganza?

—Aaron. No juegues con fuego.

—Recuerdo haber dicho lo mismo en la sala privada del bar y tú no te detuviste.

—Tenías que cumplir tu reto, yo ya estoy cumpliendo el mío.

La piel tan fina y sensible en la parte alta de mi muslo percibió la aspereza de sus dedos. Se acercó y sus labios rozaron mi cuello.

—No me estás diciendo que quite la mano.

Es que no podía ni moverme.

—¿Esto es lo que quieres? —Rozó el borde de mi ropa interior y dejó salir un sonido grave que me electrizó el cuerpo—. Mentiste. Hay bragas, qué decepción.

El taxi se detuvo en una intersección principal. Las calles estaban llenas de personas, los negocios hechos un tumulto y bastante tráfico.

Sus dedos se deslizaron por mi sexo y me mordí el labio para no reaccionar.

El taxista mantenía la vista al frente, pero a los lados había personas en sus autos. Mis ojos se cruzaron con los de un hombre que conducía un deportivo y un grupo de chicos pasó cerca de nuestro taxi.

—Aaron, nos verán.

—Y eso te gusta y sigues sin decir que me detenga.

—Mierda... —mascullé cuando hizo presión sobre mi clítoris.

—Contrólate, ya no eres una adolescente. Pensé que habías aprendido a fingir.

Cuando el taxi se puso en movimiento me resbalé por el asiento y Aaron deslizó dos dedos en mi interior.

—Joder, Brooks, qué bien te van mis dedos. —Los metió y sacó varias veces—. Deberías usarlos más seguido.

Las piernas me temblaron y no pude controlar un gemido.

—¿Puede poner algo de música? —pidió como si nada, mientras me masturbaba con más fuerza, usando tres dedos para moverlos en círculo sobre mi clítoris.

El taxista puso una estación de radio. No reconocí la canción, apenas podía mantenerme sentada.

—Calladita, Brooks, o podemos terminar en la cárcel.

Disimulé, tapando mi boca y mordiendo mi palma. Aaron se veía tan calmado con la mano bajo mi vestido y enloqueciéndome con sus dedos.

En el segundo semáforo me pegó a su costado y pasó de penetrarme violentamente a acariciarme, masajeando mi sexo. Hizo lo mismo una y otra vez. Me llevaba al borde del orgasmo y se detenía junto con el auto.

El taxista le hizo una pregunta a la que él respondió. Coincidió con otra avenida principal y volvió a dejarme ansiosa por encontrar mi liberación.

—Ya basta —jadeé.

—¿Qué? ¿Quieres que deje de tocarte?

Enterré las uñas en su antebrazo cuando intentó alejarse.

—Ni se te ocurra...

Me tomó del cuello.

—¿Vas a amenazarme? —Su pulgar presionó contra mi clítoris y cerré los ojos para hundirme en el placer—. ¿Pensaste que el jueguito de masturbarte frente a mí no tendría consecuencias?

El auto se volvió a poner en marcha. Ya no sabía ni dónde estábamos y no me importaba nada. En lo único en lo que podía pensar era en el cosquilleo entre mis piernas y las ganas de correrme.

Moví las caderas contra su mano.

—Te haré pagar todo lo que has hecho. Vas a arrastrarte y a rogar con tal de tenerme. —Me penetró con tres dedos y gemí—. Te gusta duro —murmuró sobre mis labios y apretó mi cuello.

—Más —supliqué.

—Joder, Brooks, eres peor de lo que imaginé.

Me cortó la respiración para que no hiciera sonido alguno y me masturbó con más intensidad.

Nuestras miradas se encontraron. Estaba oscuro y lo único que me mantenía atada a la realidad era el verde de sus ojos. Acaricié su mejilla y su atención se fue a mi boca. Empezó a respirar con fuerza, agitado, cerca de mi rostro.

Me estaba asfixiando y no había nada que deseara más en ese momento. El calor se agolpó en mi vientre y su mirada de puro deseo me encendió. Estaba a punto de correrme cuando soltó mi cuello y se alejó de mí.

Junté las piernas y comencé a toser, buscando oxígeno. El taxi pegó un frenazo y me sostuve de la puerta para no irme hacia delante. Estaba temblando, me ardía la garganta y mi sexo palpitaba.

—¿Todo bien, Brooks?

Había jugado conmigo. Me clavé las uñas en las piernas sin que lo viera con tal de traerme a la realidad. Le había permitido tomar el control de mi mente y mi cuerpo.

—¿Brooks?

Me ofreció una mano para bajar del taxi. Su sonrisa de suficiencia era como una patada al estómago.

—Vete a la mierda.

Salí por la otra puerta y la cerré de un tirón. Escuché al taxista protestar, pero lo ignoré, al igual que a los llamados de Aaron.

Evité un charco de agua por pura suerte mientras buscaba el teléfono en mi bolso.

—¿A dónde vas? ¿Te pones así por un simple juego?

—No me pareció divertido.

—Te ves bien cuando estás frustrada.

Me tomó de la cintura y me pegó a su cuerpo. Sentí lo duro que estaba.

—Eres un hijo de puta.

—Pero estás tan excitada que te dejarías follar en medio de la calle.

—¡Suéltame!

Al instante lo hizo y puse distancia entre nosotros. No dejaba de sonreír.

—Ya cumplí el reto y además te vengaste de lo que te hice, estamos a mano.

—Me parece que no. Para empezar, tú hiciste que me corriera, y yo evité que lo hicieras. Te debo un orgasmo.

—No vas a ponerme un dedo encima ni en tus sueños.

—Lo veremos.

—Y ya me trajiste al medio de la nada. —Miré alrededor, no me había dado cuenta de que estábamos fuera de la ciudad—. Ahora me voy a casa.

Bajé la vista al teléfono y me lo quitó de la mano.

—Sigues sin cumplir, princesa. El lugar al que tienes que entrar para ganar el reto es ese.

Miré a mi espalda. Por calles y calles no había nada en los alrededores, solo terrenos vacíos a

excepción de una edificación de tres pisos que ocupaba media manzana.

—Bienvenida al...

—Eclipse.

Se paró a mi lado.

—¿Lo conoces?

—Gracias a mi esposo —murmuré.

Era un club voyerista.

Aquel no era un lugar cualquiera. Olía a madera y *whisky*, a lujo y, en especial, a discreción.

A los dieciocho años había estado en el mismo salón de la entrada junto a mi esposo, que al igual que Aaron se fue a conversar con el hombre que recibía a los invitados.

Esa noche me negaron la entrada y todas las siguientes en las que fui o en las que mi esposo solicitó una membresía en el exclusivo Eclipse. Siempre había estado agradecida de las exigencias que ponía el club para sus miembros y, sin embargo, ahí estaba.

Después de que cumplí los veintiún años, mi esposo fue amenazado con la suspensión de sus privilegios como cliente si seguía intentando unirme. No mucho después perdió el interés en mí. Me había convertido en una mujer adulta, una molestia, y fue cuando empecé a tener algo de paz.

Me sorprendió que Aaron volviera con una sonrisa.

—Tienes que firmar unos papeles.

—¿Cómo? —Me guio por un pasillo—. ¿Qué estás haciendo? ¿Por qué me dejan entrar tan fácil?

—Digamos que el dueño me tiene mucho aprecio.

—Imposible. Si a mi esposo no lo han... —Me quedé sin palabras—. Es tu jefe.

Me dedicó otra sonrisa.

—Tu padre dijo que terminaría trabajando para un criminal, pero no quería decepcionarlo. Busqué uno a la altura.

Nadie sabía quién era el dueño del Eclipse. Llevaba más de cincuenta años abierto y no era el único en el país. Fuera quien fuera la persona detrás del negocio debía ser alguien con experiencia, contactos y mucho dinero.

«Ganado de manera ilegal, estoy segura».

A pesar de que un club voyerista fuera un negocio permitido en el estado, lo que pasaba detrás de las cortinas podía no serlo. Por los papeles que tuve que firmar me percaté de que se aseguraban de que todo estuviera cubierto si ibas a poner un pie dentro.

—Supongo que tu carrera como abogada hizo que no nos pasáramos tres horas en esa oficina —dijo Aaron mientras regresábamos.

—Puedo impugnar lo que firmé.

—Eso no sería tan fácil.

—Diré que me extorsionaste.

—Muy lista —murmuró antes de que pasáramos unas gruesas cortinas negras.

Dimos con un bar con las luces bajas. Una mesera caminaba entre las mesas llenas de clientes. Otros conversaban y bebían en la barra. Hombres y mujeres, elegantes y sofisticados, todos con antifaces o máscaras.

—Este es el tuyo. —Me ofreció un antifaz de color rojo con bordados de lentejuelas y pedrería—. Es perfecto para tu vestido.

Se colocó uno negro con una franja blanca atravesando un ojo.

—Deja de mirarme así —advertí.

—¿Cómo?

—Como si no pudieras aguantar las ganas de arrancarme la ropa. Ya tuviste la oportunidad de poner tus manos encima de mí y te burlaste. No habrá una segunda.

—Sigo con la esperanza de que cambies de opinión.

—Siempre has sido inocente, deseando lo que no puedes tener.

Sus labios se tensaron.

—La diferencia es que ahora soy paciente y tengo la mente tan corrupta como la de toda esa gente millonaria y traicionera con la que creciste.

—Por cómo te has comportado esta noche, no lo dudo, pero no pienso comprobarlo. Ya cumplí mi reto, ahora me voy.

Me tomó del brazo mientras yo batallaba con la caja de bombones para encontrar el teléfono dentro de mi bolso.

—Tengo que atender un par de asuntos. —Me dejó en la barra—. Mientras tanto, entretente con el menú.

Me dio un iPad, pero me quedé mirando sus anchos hombros hasta que desaparecieron detrás de la cortina por la que habíamos entrado.

No tenía ganas de beber, pero si iba a estar ahí, lo mejor era despejar la mente. Sin embargo, el iPad no tenía la carta de bebidas, sino páginas y páginas de reglas y explicaciones.

Leí por encima, captando algunas cosas similares a las del contrato que había firmado.

—¿Necesita ayuda, señorita?

Una chica de unos veintitantos estaba al otro lado de la barra y por la manera en que observaba el iPad supe que no se refería a la elección de cócteles. Asentí.

—Tiene en las manos el menú del Eclipse. Es su primera vez, así que le aconsejo llenar el formulario antes de ver lo demás. ¿Tiene su tarjeta?

Le mostré la que me habían dado después de firmar. Escaneó el código QR en el dorso y un formulario apareció.

—Por su seguridad, dentro de nuestras instalaciones no existen los nombres, usted se convierte en un código. Una vez llene el formulario, saldrán todas las opciones disponibles y adecuadas a su gusto. Hay días especiales, este es uno de ellos. —Sonrió de manera respetuosa—. San Valentín suele ser concurrido y tener más variedad de espectáculos.

»Cada vez que venga puede cambiar el formulario de acuerdo con lo que desee o mantener el mismo y las ofertas de espectáculos se irán actualizando. Solo debe seleccionar cuál le parece mejor y tener en cuenta la hora a la que comenzará. Después puede esperar como el resto de los clientes.

Dirigió la mirada a los que se sentaban en las mesas del bar. Una pareja se coló a través de las cortinas rojas al otro lado del salón.

—¿Desea algo de beber? —Negué—. Estoy a su disposición —agregó con amabilidad antes de irse al otro extremo de la barra.

Podía escoger características de las personas a las que quisiera ver, desde el aspecto hasta su ropa. Temáticas, intensidad, tríos, orgías, dinámicas relacionales en una lista larguísima, exploraciones eróticas, límites y nivel de realismo.

No tenía idea de que un club voyerista fuera tan ordenado y metódico y... ¿profesional?

Me concentré en el formulario, aceptando casi todo. La verdad era que no tenía muchos límites ni me asustaba nada, solo un par de cosas que, por suerte, no estaban ahí. Me alegraba porque eran prácticas ilegales para cualquier lugar. El Eclipse parecía operar dentro de las normas.

Aquello era más largo y peor que las pruebas de Derecho Constitucional. Le pedí un martini a la bartender. Estaba a punto de tomar el primer sorbo cuando Aaron apareció de la nada.

—El alcohol está prohibido.

—Veo a todos bebiendo.

—Pueden hacerlo en cantidades limitadas o se arriesgan a perder la membresía.

Me sorprendió escuchar eso. Mi esposo y sus amigos rara vez estaban sobrios y acostumbraban a visitar el lugar muy seguido.

—Pues déjame beber lo que esté permitido.

Quitó la copa de mi alcance.

—No hasta que te haya dado un *tour* por el club. —Miró a la camarera—. Un Virgin Mary para la señorita y un mojito sin alcohol.

—¿Acabas de pedir mi cóctel favorito de cuando tenía diecisiete años?

—Es para recordar los viejos tiempos. Además, tengo buena memoria y dudo que tu gusto por beber cosas saladas haya cambiado. Esos hábitos extraños siguen por ahí.

Me mordí la lengua porque no era mentira.

—Déjame ver. —Me quitó el iPad de las manos y se vio sorprendido—. ¿Muy abierta de mente o con ganas de experimentar?

—Muy aburrida.

Llegaron nuestras bebidas e hizo chocar nuestros vasos.

Nos quedamos en silencio mientras él curioseaba mi formulario con una media sonrisa y yo lo miraba. El pelo ondulado, la suavidad de su piel, esa nariz perfecta y los labios carnosos. Solo una cosa de él había cambiado drásticamente.

Aaron solía ser el chico bueno, el que toda mujer amaría tener a su lado. Me adoraba y lo adoraba, nos divertíamos y cuidábamos. Incluso en ese momento, con treinta y dos años, muchas experiencias y haber visto todo tipo de relaciones a mi alrededor, jamás encontré algo tan sano y puro como lo que nosotros habíamos tenido siendo unos niños.

Era su carácter lo que se había transformado y eso era lo que amaba de él. Mi Aaron había desaparecido.

—¿Todavía estamos cumpliendo el reto de no mentir?

Alzó la vista ante mi pregunta.

—Supongo que sí. ¿Por qué? ¿Mentiste en algo? ¿Dirás que gané?

—No, pero quería hacerte una pregunta.

—Habla.

—¿Recuerdas el día en que nos conocimos?

—La pista de hockey no tenía paneles de protección, estábamos jugando a pesar de que lo habían prohibido y uno de mis compañeros de equipo apuntó al lugar equivocado.

—El *puck* me golpeó en la mejilla.

—No se suponía que estuvieras en las gradas —se burló.

—Nunca te dije por qué estaba ahí. —Una arruga apareció entre sus cejas—. Te fui a ver. Te había visto en la sala de profesores, debatiendo sobre tus horarios. Me llamaste la atención desde el primer momento.

Su respiración se volvió pesada. El murmullo del bar desapareció, las bebidas, las personas...

Nada existía, solo él y yo.

—Ahí tienes una confesión —murmuré—. Te reto a que hagas una que jamás quisiste hacer porque te daba vergüenza, o eso dijiste todas las veces que te pregunté.

»Ese día fuiste tú quien me llevó a la enfermería, me cargaste en brazos. Estaba aturdida y me dolía la mitad de la cara. Me acostaste en la camilla porque la enfermera dijo que lo hicieras, pero no te apartaste, te quedaste mirándome. —Los ojos verdes que veía a través del antifaz no eran muy distintos a los que me habían contemplado ese día—. Te reto a que me digas qué pensaste en ese momento.

Tragó con dificultad.

—Eras la chica más hermosa que había visto en mi vida.

—¿Y?

—En ese entonces no había pasado ni un año de la muerte de mis padres. Eran mis pilares, mi ejemplo a seguir y una de las cosas que me enseñaron fue a amar, a hacerlo intensamente y una sola vez cuando conociera a la persona indicada. —Las comisuras de sus labios se elevaron solo un poco—. Yo no creía en eso, pero ese día te vi y...

—No me vengas con tonterías adolescentes.

—Tú creías en las almas gemelas y las reencarnaciones, en las vidas pasadas y la energía. Los chakras, las fases lunares y los planetas no sé qué. Mi madre también. Yo no creía ni creo en ninguna de esas cosas, y la primera vez que te miré a los ojos supe que eras la mujer a la que amaría por el resto de mi vida.

Me quedé sin palabras.

—Estabas quejándote y adolorida, pero te vi sonriendo y a mi lado. Imaginé que te tomaba de la mano, te visualicé en la playa, en el campo y con el pelo distinto, lleno de canas, con arrugas alrededor de los ojos. Sentí que eras parte de mí y que yo te pertenecía de todas las maneras posibles.

»Te vi con un bebé en brazos; un bebé que tenía mis ojos. Te vi embarazada y feliz. Sentí que te rodeaba con mi cuerpo y que tu aliento estaba sobre mi piel... Experimenté todas las cosas de las que alguna vez había escuchado hablar a mi madre y estoy convencido de que no vi el futuro, sino el pasado, que nos habíamos amado en otra vida.

»Ese día sentí que te encontré, no que te conocí.

El corazón me iba a toda velocidad. Recordaba ese momento, a pesar de que había estado desorientada y con la vista nublada por el golpe. Me aclaré la garganta.

—Muy poética tu respuesta. Espero que no estés mintiendo.

—Al cumplir un reto, jamás. —Tomó un sorbo de su mojito—. Lo cual deja la pelota en mi lado de la cancha.

—Sabía que no lo ibas a dejar pasar —murmuré.

—No te vas a ir tan rápido como crees. Quiero enseñarte el lugar y te reto a aceptar.

Por alguna razón sonreí y eso le sorprendió.

—Me alegra que te entusiasme el reto. —Puso el iPad frente a mí—. Termínalo, te falta el tipo de actividades que prefieres. —Las marqué todas y estaba a punto de guardar el formulario cuando me tomó de la muñeca—. ¿Estás segura?

Le di a enviar y la información se guardó.

—No hay nada ahí que me asuste.

—¿Nada que no verías... o harías?

Me paré entre sus piernas, seguía sentado en el banco de la barra. Me apoyé en sus rodillas para inclinarme hacia él.

—Quítate de la cabeza que soy una chica dulce e inocente. —Me acerqué a sus labios—. Llevas toda la noche fingiendo que no me ves así, pero lo sigues haciendo.

Subí las manos por sus muslos y las dejé a centímetros de su entrepierna. La tensión de su pantalón me decía lo dura que la tenía, no necesitaba bajar la vista para saberlo.

—Joder, Brooks.

Sonreí.

—¿Qué? ¿Algo que quieras decir? —le provoqué.

—Me retaste a no hablar de querer follarte, pero lo estás poniendo difícil.

Deslicé mi mano a su entrepierna y controlé un jadeo al notar lo grande que se sentía a través de la tela. Había olvidado ese detalle de Aaron, su tamaño. No habíamos follado, pero nos habíamos tocado lo suficiente en el pasado para imaginar qué había debajo.

—Brooks, no me hagas esto —suplicó cuando deslicé la mano por toda su extensión—. Me estás torturando.

—¿Como tú en el taxi?

—Diez veces peor, porque yo sí estoy loco por...

—Shh. Cuidado con el reto que incumples —advertí. Me alejé y en vez de relajarse se vio enfadado—. Pero tienes razón, es tortura y yo no soy tan malvada como tú.

—Eres peor.

Pasó por mi lado y reí para mis adentros.

Lo seguí a través de la cortina roja por la que había visto entrar y salir a varias personas. Dimos con un extraño laberinto de módulos negros y circulares.

Me hizo rodear uno. Había puertas numeradas, además de una luz encima en rojo o verde.

—Dentro de cada una hay una sala y alrededor varios salones con una vista privilegiada de lo que está pasando.

Abrió una puerta con la luz en verde y dimos con un pequeño salón con dos cómodos sofás que apuntaban a una pantalla. No, era un cristal que daba a una sala circular donde dos chicos desnudos danzaban acariciándose el cuerpo. Me perdí en los suaves movimientos.

—Esta es una sala de parejas, pero solo para dos parejas.

Eso quería decir que quienes estuvieran del lado de acá podían verse mientras miraban el espectáculo.

—Pueden intercambiar, tocarse al mismo tiempo, pero no quitarse la ropa.

—Hay normas para cada salón —murmuré y la vista de uno de los chicos conectó con la mía. Sentí un cosquilleo deslizarse por mi vientre.

—No hay uno igual a otro en cada módulo de los que pasamos y en cada uno hay espectáculos distintos.

Me sacó de la mano y fuimos a otro módulo lleno de personas, pero ninguna se estaba tocando ni mirando a otro lugar que no fuera a la pareja sobre una silla en medio del escenario. No había cristal que nos separara de ellos y los jadeos se sentían tan cerca que...

Tragué con dificultad al ver cómo follaban. No había penetración. Ella estaba a horcadas sobre él, frotándose contra su erección. Sentí la humedad entre mis piernas.

—¿Te parece entretenido? —susurró y su nariz acarició mi pelo.

—Me pone a mil —confesé.

—Entonces salgamos de esta sala porque aquí está prohibido tocarse y tienes la mano entre tus piernas.

Me sacó del salón y subimos una escalera. El segundo piso era de color verde oscuro.

—Las que tienen la luz roja, ¿están llenas?

—Algunas sí, otras no admiten entrada porque se pueden hacer otras cosas. —Entrelazó los dedos con los míos—. También se puede follar aquí mientras miras. —Le dio una ojeada a su reloj—. Si no nos apresuramos, te perderás algo que quiero que veas.

Corrí de su mano hasta dar con una puerta a la que entró pasando una tarjeta de acceso.

La habitación era más pequeña, sin muebles, con la misma ventana de cristal que daba al escenario. Una mujer de pelo rubio estaba de pie mirando hacia abajo, donde un hombre le apretaba los muslos mientras le hacía sexo oral. Escuchaba los gemidos a través de los altavoces en la sala y el calor subió por mi cuerpo.

Aaron se acercó y pegó su pecho a mi espalda. Descansó las manos en mis caderas.

—Es un espejo espía —susurró y sus labios acariciaron mi oreja—. Podemos verlos, pero ellos no. Pensé que eso te gustaría.

El hombre sostuvo una de las piernas de la mujer y la abrió más para él.

—Mira cómo se lo come —continuó—. ¿Puedes imaginar cómo se siente?

Tenía los muslos húmedos, podía sentirlo a la perfección. Sus manos se cerraron alrededor de mi cintura.

—¿Todavía no puedo hablar sobre mis ganas de follarte?

—No. —Jadeé cuando sus dedos se deslizaron por mi vientre—. Un reto es un reto... —Miré por encima del hombro y nuestros rostros quedaron a centímetros—. Que no seas bueno

encontrando lagunas legales no es mi culpa.

Su mano se coló bajo mi vestido, entre mis piernas.

—Deberías tirar esas bragas, están empapadas.

Su otra mano subió a uno de mis pechos.

—Imaginas lo que se sentiría que alguien te metiera los dedos. —Lo hizo y casi perdí el equilibrio—. Seguro que estarías muy caliente por dentro, le apretarías los dedos con ese coño tan estrecho que tienes, ¿no?

La laguna del reto, hablar y hacer sin decir lo que quería hacerme.

—Y cuando gimes así querrán meter la mano entre tus tetas, pero llevas ese vestido tan apretado que es imposible.

Respiré con dificultad cuando empezó a frotar su mano contra mi clítoris.

—Abre los ojos, Brooks.

El espectáculo frente a nosotros no era muy distinto a lo que él me hacía, era como estar viéndonos en un espejo. La diferencia era que ellos estaban desnudos y nosotros no.

Gemí cuando volvió a meterme los dedos y caminé hacia atrás, hasta que su espalda chocó con la pared y me apreté contra él.

—Tu vestido me molesta.

—Quítamelo.

Pero no lo hizo, sino que me tomó del pelo y me obligó a mirar a la sala donde el hombre acababa de inclinar a la mujer sobre la cama. Se entretuvo en masajear su entrada con la polla, le daba golpecitos en el clítoris para hacerla retorcerse.

—¿Qué prefieres, Brooks? —preguntó, balanceando sus caderas contra mi trasero y amasando uno de mis pechos por encima de la ropa—. Tu vestido roto aquí, que te folle mientras ves cómo ellos lo hacen o... ¿Te gustaría ser ellos?

Para eso me había traído. Los que follaban frente a mis ojos se parecían a nosotros. El pelo rubio de ella tenía las mismas ondas que el mío y el cuerpo musculoso con los hombros anchos del castaño me recordaban a Aaron.

—¿No te gustaría tener muchos ojos sobre ti?

—¿Eso es lo que quieres de mí y no puedes decir por el reto? —Mordí su barbilla y gruñó—. Quieres follarme y que otros lo vean.

—Quiero hacer lo que tú quieras hacer mientras que... —No podía decir ciertas palabras—. ¡Hija de puta! Me jodiste bien con lo de no decir lo que quiero hacerte.

Se me escapó una carcajada y me tomó del cuello.

—Escoge o salgamos de aquí porque estoy a punto de volver a correrme en los pantalones.

—Como un adolescente.

—No, como un hombre que tiene una debilidad. Tú eres mi único punto débil, Scarlett.

La manera en que envolvió mi nombre con una caricia hizo que se me aflojaran las piernas. Nunca me llamaba así.

—Escoge —insistió y dejó suaves besos por mi cuello—. Hazlo porque me estás volviendo loco.

Sonreí.

—¿Qué hay que hacer para meternos en una de esas jaulas de cristal?

—Joder, eres perfecta —gimió sobre mi boca—. Yo me encargo de encerrarnos en una.

Aaron salió del baño con un albornoz blanco idéntico al mío. Llevaba un iPad en la mano.

—No quieres ver a nadie. —Lo que tenía en la mano eran mis límites, los de un segundo formulario que había llenado cinco minutos antes—. Solo te agrada si no ves a las personas que te están mirando.

—Especifiqué que no me molestaba ver a personas que no se estuvieran tocando.

—Vale.

—¿Nada de sonido? —pregunté, mostrando los límites de él—. ¿Por qué?

Me sonrió de medio lado.

—No quiero que nadie escuche lo que te voy a decir ahí dentro.

Cuando acepté formar parte de aquel juego, me llevó al vestuario de los actores en un módulo vacío. Tenía un espacio de descanso con cómodos sofás y todo lo que había que rellenar y firmar antes de poner un pie en el escenario.

—¿Nada de órdenes? —preguntó al tomar asiento en el sofá frente al mío—. Tan mandona y no te gusta una cucharada de tu propia medicina.

—Por suficientes años soporté que me dijeran lo que tenía que hacer. No me gusta recibir lo mismo cuando follo.

Alzó una mano en son de paz.

—Lo que diga aquí es ley.

—¿Nada de besos en la boca? —pregunté, confundida.

—No me gustan —dijo sin mirarme— Demasiado íntimo. Solo beso a quien se lo merece.

Entonces caí en la cuenta de que no me había besado ni una vez en toda la noche, sin importar las oportunidades. Eso era nuevo, recordaba que le encantaba besarme.

—Nada de sumisión, no juegos de poder, no empujones, no obligarte a mantener una posición en específico. —Arrugó las cejas—. ¿Por qué?

—¿Por qué tendría que gustarme?

—No juzgo y aquí vengo a respetar, es solo una duda.

—Puedes hacerlo, pero antes dime que lo harás.

—¿Qué?

—Es una actuación, ¿no? Además, dijiste que no nos escucharán. Si te parece divertido, pídemelo permiso antes de hacer lo que sea que quieras hacer.

Sonrió de medio lado.

—Eso me gusta.

—Y a mí me gustaría verte de rodillas besándome los pies.

—¿En serio?

—No.

—¿Segura? No me molestaría hacerlo.

Habría disfrutado verlo de rodillas, pidiendo perdón, pero eso ya no importaba.

—Pensé que serías más complicada —dijo para sí mismo.

No podía entender cómo habíamos terminado en esa habitación, a punto de pasar una puerta para follar después de ponernos una lista de normas.

—¿No tienes problemas con comer cosas? —No dije nada y puso los ojos en blanco—. Lamerme el cuerpo, Brooks.

Me encogí de hombros.

—Mientras sea dulce, puedes ponerte creativo.

—¿Has desarrollado alguna alergia en tu vida adulta?

—Me siento en una cita médica —murmuré en lo que volvía a repasar su planilla.

—Además del kiwi, ¿algo te provoca alergia?

—¿Te acuerdas de eso?

—Tengo buena memoria cuando las cosas tienen que ver contigo, y sé hacer mi trabajo.

—¿Trabajo? ¿Cuán seguido haces esto?

—Cuando me apetece.

—¿Te pagan extra?

—No. Lo hago por diversión. —Sus ojos recorrieron mi pierna desnuda, la que quedaba fuera del albornoz—. Por ti lo haría cada noche.

—Jamás hemos follado. Ni siquiera sabes si te va a gustar.

—Contigo me gusta todo. Lo que me preocupa es lo que pase después de que te la meta.

—Qué romántico sonó eso.

—Quizás me gusta tanto que me tienes a tus pies, suplicando por más... —Entrecerró los ojos y un calor asfixiante me subió por el cuerpo—. ¿Eso te gustaría? Siempre amaste ser el centro de atención, que se arrastraran por ti. ¿Por eso dijiste lo de querer verme besándote los pies?

—La verdad es que, después de hoy, preferiría no volver a verte.

—Acordamos no decir mentiras.

—No estoy mintiendo —confesé—. Puede que tenga que volver a verte, pero fingiré que no te conozco y espero que tú hagas lo mismo.

—Veremos si piensas igual después.

—¿Piensas que follarme cambiará algo? Tienes la polla mágica. No me había enterado.

—Lo que la tengo es dura y es solo de escucharte hablar.

—Cuidado. Al parecer tienes un problema con correrte antes de tiempo y...

Se me escapó un chillido cuando se lanzó sobre mí.

—¿Quieres que empecemos desde ahora para saber cuánto tiempo puedo aguantar follándote? —Me abrió las piernas y deslizó toda su extensión por mi sexo—. Eres previsible, Brooks. Estás empapada.

La punta de su polla empujó contra mi entrada. Arqueé la espalda y me aferré al cuello de su albornoz.

—Señor Knight, faltan...

Aaron se incorporó y me cubrió con su cuerpo de la chica que estaba en la puerta.

—Todo listo para el comienzo —dijo—. No pueden ser menos de diez minutos, no más de treinta; es la única norma.

Cerró la puerta y el sonido me trajo a la realidad.

«¿Qué coño estoy haciendo?».

Me levanté del sofá para poner la mayor distancia posible entre Aaron y yo. Iba a follar con él, estaba a minutos de que sucediera. Caminé de un lado al otro.

«Esto es una mala idea».

—¿Brooks? —No respondí y se interpuso en mi camino. —. ¿Qué pasa? ¿No quieres hacer esto?

Mis ojos se deslizaron por su cuerpo y el calor de unos segundos antes volvió. No debía, pero me moría de ganas por tocarlo y dejarme llevar.

—No puedo entrar a esa habitación si no estoy seguro de que tú quieres estar ahí. —Me sostuvo la mirada—. ¿Dime qué te pasa?

«Que te amo».

Se me encogió el pecho. No, yo no lo amaba, eso estaba en el pasado.

—Nunca he hecho esto. ¿Creíste que iba a estar tranquila?

«Sí, es eso. Estoy nerviosa».

—Entonces no deberíamos seguir. No quiero que...

Dejé caer el albornoz y quedé desnuda. Había aprendido que la única manera de darle la cara a los miedos era fingir que no existían.

Aaron maldijo por lo bajo y sus ojos devoraron mi cuerpo.

—¿No quieres qué? —murmuré para provocarlo.

Me dio el antifaz rojo.

—Póntelo y entra a esa habitación antes de que te folle aquí mismo.

Me di la vuelta con una sonrisa en los labios. Todas mis dudas se habían esfumado. Era cuestión de tener el control. No sentía nada por él, solo le temía al pasado.

Atravesé la puerta hacia una habitación hexagonal. Desde adentro eran paredes de espejo a excepción de una de cristal donde se veía el público al otro lado. Me sentí poderosa al darles la cara, estando desnuda. Me comían con los ojos, hombres y mujeres, sentados, sin moverse. Las normas estaban claras.

Escuché la puerta abrirse y cerrarse a mi espalda. Aaron dejó caer algo sobre la cama: condones y...

—¿Qué...?

—Shh. —Se pegó a mi espalda—. Aquí vamos a actuar, no a pelear.

Encima de la cama estaba la caja de bombones. Le había quitado el lazo y la tapa con mi nombre. Se veían los chocolates en forma de corazón con decoraciones artesanales.

—Dijiste que comerías de mí si era algo dulce —susurró, acariciando mis brazos—. Quizás el chocolate quede mejor encima de ti y sea yo quien termine comiendo todo lo que le pertenece al señor Jax Delacroix.

Giré despacio hasta dar con sus ojos verdes.

—Disfruta esto —murmuré—. Será la última vez en tu vida que me toques.

—Y me encargaré de que jamás lo olvides.

Besó mi mandíbula y amasó mi trasero. Metí las manos por dentro de su albornoz y cayó a nuestros pies.

Se me cortó el aliento al ver su cuerpo tatuado. Mis ojos se fueron al pectoral izquierdo donde había un espacio vacío.

—Quieres dejar tu marca ahí —musitó—. Te dije que es el lugar para Brooks.

Sonreí y bajé dejando chupetones por su cuello. Se mantuvo impasible cuando mi boca se detuvo sobre ese diminuto espacio de piel virgen.

—¿Qué te parece esto?

Mordí con fuerza y aunque me tomó del pelo, no me apartó. Al separarme vi el dolor en su rostro.

—Prefiero que tengas una marca de Scarlett.

Se abalanzó a mis labios, pero me quedé esperando el beso que jamás llegó.

—Me voy a tatuar tus dientes. Cada vez que me muerdas iré a que me hagan otro tatuaje porque esta no va a ser la última vez.

Mordió mi barbilla y gemí de placer. Me fue llevando hacia atrás y no se detuvo hasta que caí sentada en la cama. Se inclinó y tomó uno de los bombones.

—¿Quieres probar?

—Puede ser.

—¿Abrirás la boca?

No me iba a ordenar que hiciera nada, me haría hacerlo preguntando antes y eso me calentó el cuerpo aún más.

Abrí la boca y estaba a punto de poner el bombón sobre mi lengua cuando lo apretó con la mano. El relleno se derramó por sus dedos y goteó sobre mis piernas. Olía a coco.

Me quedé sin palabras cuando tomó tres bombones más e hizo lo mismo. Ganache, algún licor y más coco. Los olores se mezclaron con el chocolate derretido y Aaron me miró a los ojos mientras pasaba la mano por su polla, embarrándola desde la base hasta la punta.

—Come.

Junté las piernas con fuerza.

—Come, princesa.

Apoyé las manos en sus caderas y lamí por toda su extensión. Sabía delicioso y no dudé en repetir el movimiento una y otra vez. Sus ojos me seguían y su respiración se descompasaba.

Cuando la metí en mi boca, la oscuridad en su mirada se desvaneció. Verme lo volvía loco, le costaba controlarse y eso solo me daba más ganas de provocarlo.

Chupé hasta que el sabor del chocolate desapareció y enterré las uñas en su trasero para atraerlo hacia mí. No me cabía completa en la boca, pero quería que me la follara.

Recogió mi pelo en una coleta y empujó en mi interior. Lo sentí hasta lo más profundo. Gemí mientras tomaba mi boca, gruñendo mi nombre.

Me tiró sobre la cama y cayó sobre mí.

—Ojalá pudiera correrme en tu boca —murmuró sobre mis labios—, pero esta gente está aquí para ver otra cosa.

Abrí mucho los ojos y se vio divertido.

—Lo habías olvidado. —Apretó uno de mis pechos y lo embarró de chocolate, luego el otro—. Estamos rodeados de gente que quiere ver cómo te follo y tenemos que dar un buen espectáculo.

Tiré la cabeza hacia atrás y varias personas me devolvieron la mirada; pero no me atemorizó, al contrario, me dio valor. El resto de las ventanas eran espejos espía y se llevaron mi atención.

Aaron se cernía sobre mí, bajando por mi cuello, besando y mordiendo. Los músculos de su espalda, cubierta por cientos de tatuajes en negro y azul, se marcaban bajo la luz cálida de la habitación.

Lamió mis pechos y gimió.

—Recuérdame enviarle una tarjeta de agradecimiento a tu esposo. —Mordisqueó mi pezón y chupó el resto del chocolate antes de pasar al otro—. Tú sabes exquisito, pero con esto encima...

Chillé cuando mordió uno de mis pechos mientras pellizcaba el otro. Arquee la espalda y me

dejé llevar. Sus manos no se apartaban de mi cuerpo, tampoco su boca. Me sentí adorada por la manera en que sus dedos se clavaban en mi piel, reclamando cada centímetro de mí.

Nos volvimos un torbellino de manos y piernas, aprovechando cada roce con el cuerpo del otro. El corazón se me quería salir del pecho cuando nos detuvimos: yo encima, con su boca a centímetros de la mía.

—¿Quieres ponerme el condón? —Me lamió el arco de la mandíbula—. La verdad es que me gustaría sentirte sin nada, pero está contra las normas del club.

—A la mierda las normas —murmuré y seguí frotándome contra él.

—Esto es un acto, princesa, no estamos follando por follar. Ponme el condón y haz bien tu trabajo. —Mis ojos se encontraron con los suyos—. ¿Quieres hacerlo o lo hago yo?

Sus preguntas siempre sonaban como un desafío.

Me incorporé, más consciente de las miradas que estaban encima de mí, en especial la de Aaron. Jadeó cuando tomé su polla y lo masturbé despacio antes de ponerle el condón.

Apoyé las manos en su pecho y me froté contra su erección, buscando placer, gimiendo y deleitándome en que no era capaz de moverse.

—Pensé que ibas a follarme, Knight, no a mirar como el resto —me burlé, pero no hubo respuesta. Estaba hipnotizado.

Enterré las uñas en su piel y me balanceé hasta que su polla cayó en mi entrada. Bajé las caderas de una vez y no me importó que doliera ni sentir cómo mi interior chillaba al recibirlo. El placer que me causó ver su rostro perder el color y sus ojos irse al punto que nos unía solo me excitó más.

Me moví despacio para sentirlo por completo y no me detuve. Sonreí al verlo jadear, intentaba controlarse.

—¿Te divierte? —Asentí—. Te gusta ver que me tienes a tus pies —murmuró y volví a asentir—. ¿Y quién no lo estaría? Mírate.

Observé los espejos a nuestro alrededor. Mi pelo rubio caía por mi espalda, se pegaba a la piel brillante y cubierta de sudor. Mi trasero se veía aún mejor al presionarme contra él y mis tetas se movían cada vez más deprisa.

—Cualquiera moriría por tenerte.

Aproveché mi distracción para darme la vuelta y quedar encima de mí.

—Todas las personas detrás de esos espejos quieren ser yo ahora mismo. —Gemí cuando entró y salió de mí—. Tú eres la estrella, tú eres lo que todos han deseado tener, pero no puedes ser de ninguno. Esta noche eres solo mía.

Tomó una de mis piernas y la posicionó por encima de su hombro. Grité al sentirlo tan profundo, pero eso no lo detuvo; siguió, le pedí más.

No estaba borracha o drogada, no había nada que me apartara de la realidad y, sin embargo, tener a Aaron tan cerca, poseyendo mi cuerpo de la misma manera que yo el suyo, me transportaba a un lugar distinto cada vez que cambiábamos de posición.

Solo podía sentirlo a él, solo existíamos nosotros. Sus jadeos y sus labios sobre mi cuerpo. El relieve en algunas partes de su piel, en los tatuajes. Sus palabras susurradas, el deseo con que me tocaba.

—Quiero tenerte aquí todas las noches —dijo al hacerme girar y quedé sobre mis rodillas, apoyada en las manos—. Quiero encerrarte en este maldito club y no dejarte salir nunca.

Acarició mi espalda y mi trasero chocó con sus caderas. El ritmo se volvió constante y el sonido rebotaba contra los espejos.

—Quiero follarte delante de cada persona que exista —gruñó, penetrándome más fuerte—.

Quiero que todos sepan que eres mía.

—No lo soy —gemí y me tomó del pelo tan duro que las lágrimas resbalaron por mis mejillas.

—Di que eres mía —demandó.

—No.

—Miénteme. —Hizo que me incorporara y mi espalda chocó con su pecho—. Te suplico que me mientas.

—No soy tuya. Disfruta del momento —jadeé—. Dije que sería la última vez que me ibas a tocar.

Clavó los dedos en mi cadera y me penetró más fuerte.

—Te odio —masculló y tuve que reír.

—Me amas.

Me mordió la parte de atrás del cuello y grité de dolor.

—Odio que siempre tengas razón.

Sus palabras dispararon un cosquilleo a mi entrepierna. Aaron me hizo girar y se tiró sobre mí. Volvió a follarme con la mirada encendida, había odio y deseo en ella, estaba frustrado y excitado en partes iguales.

—Si es la última vez, córrete mirándome a la cara. —Me tenía al borde del orgasmo—. Córrete sabiendo que conmigo es con el único con el que te sentirás así de bien.

Y adoptó una posición en la que su pelvis empezó a rozar mi clítoris al mismo tiempo que me embestía. Grité su nombre cuando mis músculos se tensaron y mi cuerpo se sintió de plomo. Le siguió el placer, la relajación y sus empujones hasta correrse.

No dejó de mirarme en ningún momento. Algo más que el placer y la liberación de lo que jamás habíamos experimentado nos envolvió.

No fue el haber marcado una casilla de «follamos», el entender lo que habíamos perdido tras catorce años o que nuestra conexión se extendía hasta la cama, en la intimidad. Había más y no podía entender qué era.

Agitado, sudoroso, con los mechones de pelo pegados a su frente, nunca lo había visto más atractivo. Su aliento enfriaba mi mejilla, sus ojos se fueron a mis labios y...

Lo deseé más que a nada. Quise pedirle que me besara, pero no lo hice.

4.44

El agua caliente rodó por mi cuerpo y cerré los ojos. No recordaba la última vez que me había sentido tan relajada.

—¿Se te cayó todo el chocolate? —preguntó Aaron con voz socarrona desde la ducha contigua.

—Preocúpate del tuyo.

—Me lo chupaste todo. Hiciste un muy buen trabajo.

—Tú no. Deberías mejorar.

Su risa estalló en el diminuto espacio.

—Nunca pensé que te gustaría hacer algo así.

—¿Follar donde otras personas me vieran? Yo tampoco.

—Me di cuenta de que podía interesarte cuando montaste ese teatro en tu bar. Te gustó demasiado que te mirara.

—La verdad es que la única razón por la que recuerdo ese momento es porque te corriste en los pantalones.

—Repetirás eso muy seguido, ¿cierto?

—No, porque solo me da gracia si te lo digo a ti y no nos volveremos a ver.

Hubo unos segundos de silencio en los que se escuchó el agua caer. Por alguna razón sentía un nudo en el estómago.

—De haber sabido que nos gustaba esto cuando éramos más jóvenes, las cosas habrían sido distintas.

—¿Qué quieres decir?

—Los deseos sexuales suelen dominarnos. Si hubiéramos conocido y compartido que nos gusta ver a otros follar y hacerlo mientras nos ven, quizás no habrías escogido casarte. Yo te habría dado algo que ansiaras de la misma manera que el dinero y la posición social que te dio ese matrimonio.

Mi mano se congeló antes de cerrar la ducha.

—Sabes... Me hice muchas preguntas durante estos años —continuó—. ¿Será feliz? ¿Habrá pensado en mí alguna vez? ¿Le pesará la conciencia por haber jugado conmigo? Pasó mucho tiempo y nunca dejé de pensar en lo mismo.

Cerré los ojos con fuerza.

—¿Quieres las respuestas?

—La verdad es que no, siempre las supe.

—¿Seguro? —Un dolor punzante me atravesó el pecho—. ¿Cuáles son?

—Es feliz, tiene lo que merece una niña criada entre lujos. Seguro pensó en mí porque

conmigo sonreía y en las fotos que veía en redes sociales y revistas jamás sonreías. No, no le pesa haberme mentido y usado porque lo único que le importa es ella misma.

Mis ojos escocieron y me sostuve de la pared.

—Me consideras patético, pero... ¿pensabas lo mismo cuando estuvimos juntos?

—¿También tienes la respuesta a esa pregunta?

—No, como tampoco sé si cuando te pedí que te casaras conmigo ya tenías planeado abandonarme o por qué decidiste jugar conmigo.

Cerré la ducha y sentí la calidez de mis lágrimas.

—Tenía más preguntas —continuó—. ¿Se divirtió haciéndome creer que me quería? Pienso que sí me querías, pero siempre hubo cosas más importantes para ti.

«Te amaba con todo mi ser».

Me limpié las lágrimas y aguanté las ganas de mandarlo a callar.

—No te creía capaz de hacer algo así. Tengo que aceptar que siempre supe que no íbamos a terminar juntos, pero no te consideraba una hija de puta como tu padre.

Me puse un albornoz.

—¿A dónde vas?

—Me harté de escucharte.

Salí del baño y recogí mi ropa para vestirme donde fuera menos cerca de él.

—¿Vas a huir por un par de verdades? Eso sería incumplir mi primer reto. —Se ató una toalla a las caderas—. Pensé que hoy los dos estábamos soltando la verdad. Me has vacilado toda la noche y ¿te enojas porque hago lo mismo?

—No me enoja, me aburro con facilidad.

Me tomó del brazo y me pegó a él.

—¿Estabas llorando?

—No.

—Mentirosa.

—¡Suéltame de una puta vez! —Aparté su brazo—. Llevas horas como un arrastrado, siguiéndome a todos lados. Pensé que habías cambiado algo, pero sigues siendo el mismo adolescente que anda mendigando cariño. —Lo miré a los ojos—. Ya me aburríste... de nuevo.

—¿Tienes treinta y dos años y esa es tu reacción cuando te ponen entre la espada y la pared?

Me detuve antes de salir.

—Estuve dolido muchos años, pero ya no. Incluso te admiro. Sabías lo que querías desde ese entonces e hiciste todo lo que tuviste que hacer y te divertiste conmigo. Hoy tienes lo que tanto anhelabas. Felicidades.

Giré sobre mis pies.

—Yo estoy haciendo lo mismo —continuó—. Quiero cosas y las voy a obtener, cueste lo que cueste, pero eso no quita que me entretenga en el camino.

—Entonces eso es esta noche, el entretenimiento del camino.

—¿No lo es para ti?

—No.

—Vas a negar que la pasaste bien. —Dio un paso hacia mí—. Repetirás que no quieres que vuelva a pasar, que te ignore cuando nos crucemos y que...

—Que desaparezcas de mi vida.

—Ni tú te crees eso. Ya probaste algo que llena tu vacía existencia y es normal. —Sonrió—. La gente que solo tiene un objetivo de mierda en la vida cae en todo tipo de pasatiempos, buscando diversión en cosas que les ayuden a mantener la cabeza ocupada, alejada de todo lo

que han vivido y sufrido, de lo que carecen o...

Le crucé la cara de una cachetada. Se tocó la boca, tenía sangre.

—¿Qué coño te pasa?

—Ya que te gustan los monólogos, ¿qué tal si escuchas el mío?

—Brooks...

—Yo también he pensado mucho estos años, sobre todo al principio. —Algo o alguien gritaba «cállate» dentro de mi cabeza, pero era muy tarde—. Pobre Aaron —continué, imitando cómo me había hablado antes, al otro lado de la ducha—. Debe haberse sentido abandonado. Primero mueren sus padres en un accidente y dos años después lo deja su novia que juraba amarlo. Debe sentirse solo. ¿Dónde estará? ¿Le irá bien en la universidad, con su beca? ¿Será feliz? Joder, espero que sea feliz, se lo merece después de lo que le hice pasar.

Su mandíbula se tensó.

—¿Dirás que tuviste remordimiento?

—No me arrepiento de nada de lo que he hecho en mi vida, ese es el problema. Por eso seguí haciéndome preguntas. —Fue mi turno de sonreír—. ¿Por qué no vino a mí? ¿Por qué jamás me buscó para confrontarme por dejarlo? ¿Mi padre se lo estará impidiendo? Así que te investigué y supe que estabas estudiando, tranquilo, como si nada.

»Entonces más y más preguntas salieron a flote y terminé dándome cuenta de que no era «pobre Aaron» lo que debía estar pensando, sino «pobre Scarlett, el amor de su vida se olvidó de ella en un abrir y cerrar de ojos».

—No puedo creer que te hayas convertido en una manipuladora de este nivel. —Rio por lo bajo—. ¿Harás esto sobre ti y tu sufrimiento porque no te perseguí como siempre lo hacía?

—Y seguí haciéndome preguntas —dije como si su interrupción no hubiera existido—. Le dije que lo amaba y él juró que se quería casar conmigo. ¿Por qué no quiso una explicación por lo que estaba pasando? Entonces entendí: jamás me habías creído, siempre pensaste que no eras suficiente.

—No vas a ganar un argumento victimizándote porque no fui a llorar para que la princesa Brookswood me volviera a usar. Creo que esa fue la primera vez en mi vida que conocí el orgullo.

—Mentiste. Dijiste que creías en mí.

—Manipuladora.

—Sí, en eso me convertí, pero hace catorce años no lo era. En ese entonces traté de hacerte entender que te amaba más que a nada, que no me importaba el dinero, que me importabas tú. ¡Te dije que me casaría contigo! ¡Lo prometí!

—¡Y te fuiste con otro!

—¡Me estaban obligando a casarme!

La habitación quedó en silencio. Aaron no se movió, solo me miró fijamente.

—Diste tu consentimiento. Dijiste que querías casarte...

—Di todo el consentimiento que puede dar una niña de dieciocho años a la que su padre le dice «o te casas o mato a tu novio».

El cuerpo me temblaba y se me escaparon las lágrimas, pero no me moví. Ya lo había soltado, el daño estaba hecho.

—Si hubieras creído en mí por un segundo, habrías entendido que... Era imposible que yo te dejara, que no te amara. Incluso pensé que podía casarme, protegerte y que igual vendrías a por mí. Huir, ser salvada, ser feliz y «pobre Aaron, lo que ha tenido que pasar por mi culpa».

Reí, pero eso solo hizo que se me escapara un sollozo.

—Pobre Scarlett, que le tomó cuatro años entender que era la verdadera víctima. Nadie me iba a ayudar o salvar, así que lo tuve que hacer yo. Lo sigo haciendo cada día, incluso hoy, soportando que digas todas esas cosas y callándome, repitiendo que no me importa el pasado, que no me importas tú o lo que tengas para decir cuando la verdad es que sí, me importa. Me duele.

Di un paso atrás para mantener la distancia.

—Ni se te ocurra acercarte.

—Brooks, yo... Yo no...

Sonreí ante su silencio.

—¿Sin palabras? ¿Esa no era la verdad que esperabas? Hasta hoy pensabas que yo era la villana de la historia. La pregunta que tengo ahora es: ¿qué harás de tu vida sabiendo que todo podría haber sido distinto? —Miré alrededor—. Y no por un club voyerista o porque nos guste «follar y que nos vean».

Puse una mano sobre su pecho desnudo para que no se acercara más.

—Dime que estás mintiendo —suplicó con el rostro tenso.

—Siempre cumplo los retos, odio perder y lo sabes. Prometimos no mentirnos esta noche.

Me limpié las lágrimas, sonreí y me incliné a tomar mis zapatos.

—Lamentablemente, nos volveremos a encontrar, pero si te acercas, haré que te arresten por el primer cargo que se me pase por la cabeza y te pondré una orden de alejamiento. Estás advertido.

Me fui, consciente de las tantas veces que lo había llamado patético e imbécil en las últimas horas, pero la única patética esa noche había sido yo.

«Ser débil no está mal».

Un día, unas horas, solo unos minutos, me permití exponer mi pasado y el dolor. No estaba mal fallar una vez, ¿no?

Pero fallar no era el problema, sino lo que había deseado en ese momento: que Aaron me siguiera.

En lo más profundo de mi ser vivía la chica de dieciocho años que lo amaba. En vez de balbuceos o preguntas ante mi confesión, esperaba que no me dejara ir; que dijera que lamentaba tanto como yo el haber amado de la manera más pura y que se nos hubiera arrancado la posibilidad de disfrutar ese amor.

«El pasado es pasado».

Me tragué los sentimientos como siempre hacía y me volví a duchar al llegar a casa.

Dormiría un par de horas y me sentaría a la mesa con mi esposo para desayunar. Después iría a la oficina, atendería a otra tonta reunión con un nuevo inversionista o lo que fuera. Volverían los días de trabajo, las fiestas los fines de semana y la rutina. Lo olvidaría todo.

Me metí en la cama y cerré los ojos. Ignoré que el pijama me rozaba en todas las partes sensibles donde Aaron me había besado y mordido.

Estaba dejando mi mente en blanco con ejercicios de respiración cuando escuché un cristal romperse. Me incorporé en la cama y me quedé muy quieta, esperando. Era una casa con ruidos extraños que a veces me confundían.

Algo pasaba en la planta de abajo. Tomé la Glock 43 que siempre estaba bajo mi almohada y me puse de pie.

No podía haber nadie en casa, no sin que el personal de seguridad lo notara. Los empleados tenían el día libre y no llegarían hasta las ocho, todo estaba cerrado, con alarmas puestas.

Entreabré la puerta y no escuché nada. Cerré y tomé mi teléfono para revisar las cámaras de seguridad y me encontré con que el sistema estaba caído, todo en negro.

Escuché pasos. Varias personas subían la escalera. Le quité el seguro al arma y apunté a la puerta, pero el hombre que entró estaba preparado. Me desarmó, tomó mi brazo, me hizo girar e inmovilizó mis manos a mi espalda.

—Yo me ocupo de ella. —Me tapó la boca antes de que pudiera gritar—. Hagan el trabajo. Tienen diez minutos.

No vi el pasillo, escuché botas contra el piso alfombrado y movimiento en la planta de arriba seguido de un grito.

—Vinimos a ocuparnos de su esposo —dijo el desconocido a mi espalda mientras ataba mis manos con lo que supuse que era una brida—. No se preocupe, señora Delacroix, usted está a

salvo.

Me hizo girar y me pegó a la pared. El corazón me latía a toda velocidad.

Iba vestido de negro con un chaleco con múltiples bolsillos y armas acopladas al torso, las caderas y las piernas. Encima de la cabeza llevaba gafas de visión nocturna y una máscara militar cubría su rostro. Solo un agujero horizontal dejaba ver sus ojos... verdes.

«Aaron».

Se quitó la máscara y su pelo castaño cayó sobre su frente.

—¿Me extrañaste?

Me revolví y chillé contra su mano.

—Haz silencio o estaremos en problemas —murmuró al llevarme a la cama.

Caí de espalda, sobre mis brazos.

—Tienes que callarte, Brooks. —Me volví a retorcer—. Yo no debería estar aquí, si se enteran de que...

Evitó que le clavara la rodilla en la entrepierna y me aplastó con su cuerpo.

—Deja de moverte —susurró—. Si prometes no gritar, puedo soltarte.

Sentí su olor fresco y suave, a mar y verano, a mi adolescencia y mis momentos más felices. No era el perfume que había llevado toda la noche, era el aroma que gritaba su nombre en mi memoria.

Esperó unos segundos y no me moví. Deslizó la mano, liberando mi boca, despacio.

—¿Qué haces en mi casa? —susurré.

—Trabajo de última hora. —Le dio una mirada al techo—. Jax Delacroix tiene cuentas pendientes con alguien.

Un grito proveniente del piso de arriba me sobresaltó y Aaron puso un dedo sobre sus labios para que mantuviera la calma.

—¿Te contratan para torturar a mi esposo?

—Hago lo que debe ser hecho —murmuró—. Y ciertas cosas que escuché esta noche me dan más ganas de hacer mi trabajo.

Tragué con dificultad.

—Pero estás aquí conmigo.

Otro grito me paralizó.

—Porque mis ganas de verte le ganan a las de torturar al hijo de... Tómallo como un cumplido.

—Quítate de encima.

—Tenemos que hablar.

—Me estás lastimando los brazos y me duelen las muñecas.

Me hizo girar, cortó la brida y aprisionó mis manos a los lados de mi cara.

—Repite lo que dijiste en el club. Dime que no mentiste.

—Si tengo que hacerlo es porque sigues siendo la misma persona de hace catorce años y por eso prefería que todo se quedara en el pasado.

—¿Nunca pensaste en decirme la verdad?

—¿Para qué? Te fuiste.

—Pasé años odiándote y odiándome por no poder sacarte de mi cabeza, preparándome para volver y poder enfrentarte.

—¿Y?

Apoyó su frente en la mía y respiró profundamente.

—Que ahora no sé qué hacer.

Me soltó las manos y se deslizó por la cama hasta caer de rodillas en el suelo. Me incorporé y se quedó ahí, inmóvil.

—¿Aaron?

Se deshizo del chaleco y apoyó las manos en mis rodillas. Se vio débil y derrotado.

—¿Qué te hicieron, Brooks? —preguntó en voz baja tras varios minutos.

Los pasos y voces en la planta de arriba llenaron nuestro silencio. No sabía qué estaba pasando con mi esposo y la verdad es que no me importaba.

—¿Por qué me preguntas?

—Quiero saber. —Su voz se endureció.

—Mi padre dijo que si me casaba, te darían una beca y estarías bien, protegido, con una buena vida. Ya me dijiste que no fue así.

Alzó la mirada.

—¿Cómo pensaste que eso iba a pasar si tú no estabas conmigo?

—No lo sé, pero todo era mejor que la otra opción: verte muerto.

Tomó mis manos entre las suyas.

—Por muchos años me sentí muerto.

—Entonces no sirvió de nada mi sacrificio.

Sus brazos se tensaron.

—¿Qué te hicieron, Brooks?

¿Podía dar todos los detalles? No. Había pasado años luchando para sobreponerme y, en parte, lo había logrado. Dejé de ser el instrumento de los hombres a mi alrededor, aprendí a dominarlos, a tomar las riendas de mi vida y a decidir qué hacer y cómo para lograr mis objetivos. Sin embargo, las heridas estaban ahí y nunca sanarían por completo.

—Tenía dieciocho años recién cumplidos y me casaron con un hombre que me sacaba treinta, me extorsionaron para que lo hiciera. ¿Tengo que decir más?

Me soltó y cerró las manos en puño con tanta fuerza que sus nudillos quedaron blancos. Estaba temblando de rabia y no me podía mirar a los ojos.

—Soy un imbécil.

—Lo eres.

Apoyó la frente en mis rodillas.

—Lo siento tanto, Brooks.

Se me hizo un nudo en la garganta, no podía respirar.

—Te abandoné, te dejé en manos de esta gente, te rompieron y mataron a la chica que conocí cuando no tenía nada, a la única persona que me entendió y ayudó en los peores momentos. ¿Cómo no lo vi? —se lamentó.

—Ya te dije, no querías verlo porque no confiabas en mí.

Sus ojos estaban llenos de lágrimas, pero la tristeza se convirtió en ira y desaparecieron.

—Era un niño.

—Yo también.

—No me estoy justificando.

—Lo sé.

Nos miramos por un par de minutos hasta que volvió a hablar:

—Déjame arreglarlo.

—¿El pasado?

—El presente.

—¿Qué harás? ¿Matarlos a todos?

—Sí.

—Eso no es inteligente, te lo dice quien deseó hacer lo mismo por mucho tiempo. Matar a mi padre sería hacer lo mismo con mi madre, que no es más que otra víctima. Asesinar a mi esposo lo he soñado más de lo que imaginas, pero antes tengo que hacer muchas cosas con su empresa y sus negocios porque pienso quedarme con todo antes de que esto se acabe. Además, guardo la esperanza de no tener que mancharme las manos, preferiría no ser una asesina o crear un escándalo que afectara lo que planeo heredar.

—¿Ese es tu objetivo? ¿Ver cómo todos los que te lastimaron y esclavizaron van y vienen a sus anchas solo para quedarte con su dinero?

—¿Te parece muy ambicioso y materialista de mi parte? ¿Demasiado atada al dinero y al poder?

—Eso no fue lo que...

—Sigues pensando que eso es lo único que me importa.

Frunció los labios.

—No. Pero no entiendo cómo tienes el estómago para seguir soportando esto.

—Era aprender a tener paciencia y fuerza o matarme. Nunca fui capaz de lo segundo.

Se estremeció y vi lástima en su mirada. Odiaba que me vieran así.

—Lo siento tanto —murmuró.

—No cambia nada que lo digas.

—Lo sé.

—Entonces no vuelvas a disculparte porque me hace enojar. —Sus cejas se volvieron una—. Pensé que me calmaría o que sanaría algo en mí si nos reencontrábamos y me decías todo lo que has dicho. Si aceptabas que fingiste confiar en mi amor por ti y a la primera oportunidad escogiste creer en lo que tus miedos te decían que era la verdad, pero no.

»Lo único que siento es dolor. Lo único que haces es recordarme todo lo que he pasado y si algo odio es eso, más que a las personas que me lastimaron. Odio no haber sido capaz de defenderme desde el principio, odio lo débil que fui, lo...

Me tomó de la barbilla e hizo que me callara.

—No te atrevas a insinuar que esto fue tu culpa.

—No lo es. —Pero en el fondo yo seguía pensando que sí—. Solo estoy siendo sincera por hoy. Cuando salga el sol, olvidaré todo. La fiesta, el casino, el Eclipse, este momento... a ti.

—No. —Tomó mi rostro entre sus manos—. No de nuevo. No permitiré que te alejen de mí, mucho menos tú misma.

—Basta. —Traté de apartarlo, pero se inclinó sobre mí y volví a quedar con la espalda a la cama.

—Déjame arreglarlo, Brooks, te lo suplico. —Quitó el pelo de mi rostro y su aliento acarició mi mejilla.

—Hace mucho tiempo entendí que las personas no se pueden arreglar. Somos lo que vivimos y fin de la historia.

—Pero podemos recuperar lo que nos quitaron.

—Deja de soñar con...

—Te amo —murmuró y se me cortó la respiración—. Más que el primer día. Te amé más hoy cuando volví a verte y te amo aún más ahora porque nunca dejé de pensar en ti.

»No importa a dónde fuera, lo que planeara o si me obligaba a odiarte, jamás pude hacerlo. Jamás pude estar con una mujer sin pensar que eras tú la que estaba entre mis brazos y por eso besar está dentro de mis límites.

—¿Quieres decir que...?

—La última vez que besé a alguien fue a ti.

Sus ojos se fueron a mi boca.

—Déjame arreglarlo. —Suplicó y sus labios rozaron mi barbilla—. Por favor.

Dos golpes en la puerta nos sobresaltaron.

—Terminado —dijo una voz masculina desde el pasillo y se escucharon pasos bajando la escalera.

Aaron exhaló un suspiro y dejó un beso en mi frente.

—Finge que no escuchaste nada. —Se puso de pie y recogió sus cosas—. Nos vemos pronto.

—No.

Se detuvo antes de abrir la puerta. No me miró.

—Vamos a volver a vernos, lo quieras o no, y voy a solucionar nuestras vidas. Solo necesito un par de horas para pensar.

—No quiero que arregles nada.

Apretó el pomo de la puerta.

—Descansa, Brooks.

Mi teléfono vibró con una llamada de Mimí.

—¿Tienes resaca? —dije al contestar.

—Dime que no fuiste tú.

Me detuve al salir del elevador. Se escuchaba asustada.

—Acabo de llegar a la oficina. Dime qué pasó y dónde estás para ir a buscarte.

—¡Yo estoy bien! —chilló, desesperada—. Pero me llamaron de la revista y el nuevo editor... —Escuché que movía cosas de un lugar a otro—. Dime que no fuiste tú.

—No sé de lo que hablas.

—¡Está muerto! —Me tensé—. Lo encontraron ahorcado en la habitación de su hotel, con una nota confesando varias cosas muy turbias, incluyendo que drogaba a chicas en fiestas y las...

—Mimí, cálmate. Yo no hice nada, eso suena como un suicidio.

—No lo es porque tenía una mano cortada colgando del cuello. —Se me revolvió el estómago—. Nadie se corta una mano antes de suicidarse y ¿cómo mierda te ahorcas después si...?

—Cálmate y dime si sigues en mi suite. Mandaré a alguien para que te ayude y personal de seguridad.

—¿No puedes venir? ¿De verdad no tuviste nada que ver? Tú dijiste que...

—No hago esas cosas y lo sabes, no soy tan tonta. Ese es el trabajo sucio de un hombre. Y no puedo ir ahora, tengo una reunión. En cuanto termine estaré ahí.

—Por favor —murmuró.

Corté la llamada y le dije a mi secretaria que mandara al personal médico junto al de seguridad a la suite presidencial del casino. Mimí no conocía al hombre, pero un suicidio de esa forma era un tema delicado para ella, más si no parecía un suicidio.

«Maldita reunión».

Entré a la oficina de mi esposo como cada lunes. Me senté al otro lado del escritorio y esperé a que terminara de hablar por teléfono. Se veía agotado.

«Sesenta y dos años siendo un hijo de puta tiene consecuencias».

Como en el desayuno, no dije nada, aunque estaba claro que habían pasado cosas la noche anterior. Despidió al personal de seguridad y la policía me interrogó antes de salir. Repetí hasta el cansancio que no había escuchado nada debido a las pastillas que tomaba para dormir.

Jax me miró por varios segundos directo a los ojos, algo que no hacía a menudo. Quizás no se creía mi mentira y tendría que confesar que había disfrutado de escuchar sus gritos, me daba igual.

—Ayer hubo un incidente en el casino.

Ese no era el tema de conversación que esperaba.

—Víctor me dijo que cerraste las mesas —insistió.

—Mesas ilegales de póker.

—¿Viste al señor Yang ahí?

—¿Por qué estamos hablando de un problema tan irrelevante? Ya lo solucioné.

—Responde.

—Sí, y casi se caen a tiros por tu culpa. Abrir mesas ilegales lleva a que se jueguen millones, a que la gente pierda y se enoje.

—Pues alguien se enojó demasiado.

—¿Yang? Te llamó para decir que me quedé con la mitad de lo que apostó. —Bufé—. Viejo ridículo, como si un millón y medio no fuera calderilla para...

—Tenemos verdaderos problemas, Scarlett, no una estúpida mesa de póker —me cortó—. Me dieron una advertencia: se metieron en nuestra casa. Quieren forzarme a aceptar que cierta persona compre una buena cantidad de las acciones de nuestra empresa.

—Si usas el «nuestra» es porque es serio. —Sonreí—. No veo el problema. Acepta. Seguirás siendo el accionista mayoritario, después estamos Yang y yo. Podemos oponernos y limitar la cantidad que se vende.

—Exacto. Tres personas que pueden impedirlo y a dos ya nos extorsionaron.

—¿Dos?

—En la madrugada alguien también entró a casa de Yang, una hora después de lo que pasó en la nuestra. Lo amenazaron y fueron más lejos. ¿Tampoco tienes idea de lo que pasó ahí? ¿Tan dormida estabas?

—No veo cómo podría enterarme de lo que pasó en una casa en la que no vivo.

—Me parece interesante que seas la única a la que no hayan tocado.

Se me escapó una carcajada.

—¿Estás insinuando que yo estoy detrás de unas cutres amenazas a dos viejos por unas acciones? Soy más inteligente que eso.

Y más paciente. Les podía quitar todo de otra forma, pero faltaban años para lograrlo.

—Te creo porque tú jamás habrías hecho que le cortaran todos los dedos de una mano.

Mi bolso se cayó al piso y el contenido se desparramó por el suelo. No pude moverme.

—Yang no puede ni quiere respaldarme. Estoy entre la espada y la pared. Si no acepto, me matarán.

—Lástima que todavía no me tengas como heredera en tu testamento —murmuré.

Sonrió de medio lado y las arrugas se marcaron en su rostro.

—Ya te dije que eso pasará cuando te lo ganes. Tendré que ceder a sus amenazas, pero tu respaldo me ayudará a que no se nos vaya de las manos cuando un desconocido se siente a nuestra mesa.

—¿Esta es mi oportunidad de tener mi lugar en tu testamento?

—Sí.

—¿Es un trato?

Asintió y controlé la sonrisa. Un paso más. Jax no incumplía sus promesas, era su única cualidad: ser un hombre de palabra.

—La reunión está por empezar. Finge bien, después pensaremos en algo.

Y yo tendría que pensar el doble.

—¿Con qué los están amenazando?

Acomodó su corbata y se puso de pie.

—Tengo que aguantar al hombre que mandó a sus sicarios contra mí y hacerlo con una sonrisa. No quiero llegar tarde.

—Jax. Soy tu abogada, la directora jurídica de tu empresa, accionista y, para mi desgracia, tu esposa. Tengo que saber a qué atenerme si todo se va a la mierda. ¿Qué tienen en tu contra?

—Es un hombre poderoso —murmuró.

—No hay nadie más poderoso que tú en esta ciudad.

—Pero él no es de aquí y tiene varios negocios que...

—Habla.

—Es el dueño de Eclipse y todas sus sucursales.

Se me fue el alma a los pies. El jefe de Aaron.

«Por eso estuvo en mi casa. Lo enviaron a hacer el trabajo sucio».

Salí de la oficina y seguí a Jax por el pasillo.

Tenían algo en contra de mi esposo y Yang, algo relacionado con Eclipse, pero yo había visto los contratos y lo que ambas partes ponían para evitar esas situaciones.

Los dos hombres tenían preferencias sexuales nada legales. La única manera de que los pudieran extorsionar era si habían incumplido alguna norma o acuerdo de confidencialidad o... Había mil opciones y, lo más importante, si el dueño del club tenía algo así para chantajearlos, yo también necesitaba tenerlo en mis manos.

«Joder. Cortarle los dedos a Yang era excederse».

A Jax no le habían hecho lo mismo. No necesitaban llegar tan lejos para asustar a dos hombres de más de sesenta años si tenían con qué extorsionarlos. Era...

Me sostuve de la pared y me dio mareo al recordar las palabras de Aaron, una amenaza para Yang: «Dije que dejara de tocarla o perderá los dedos».

Era imposible que fuera por lo que había pasado en las mesas de póker. Aaron cumplía órdenes de su jefe, pasarse de la raya era una locura, pero había dicho algo más: «¿Sabes lo que le habría sucedido en la antigua Babilonia a ese tipo? Era legal mutilarlo... No sé... Cortarle una mano por lo que intentó hacerte».

«El editor de la revista».

Le habían cortado la mano y montado todo como un suicidio que nadie se creería que lo era. Además, una carta confesando las cosas que hacía...

No tenía mi teléfono encima para buscar las noticias y confirmar la historia de Mimí.

«No, Aaron no tiene nada que ver en eso».

Sus palabras se repitieron en mi mente: «Creo que mataría a quien se atreviera a tocarla». «Ya hay dos hombres en mi lista solo con la noche de hoy, imagina los que faltan». Lo había tomado como parte de su actuación para molestarme.

—Scarlett, vamos.

Alcé la vista y vi a Jax entrar a la sala de reuniones.

«Aaron solo cumplía órdenes. Esto es una coincidencia».

Pero cuando cerré la puerta y vi quién se sentaba en la otra punta de la mesa, todo quedó claro. Aaron no trabajaba para el dueño de Eclipse, él era el dueño.

10.01

Soporté sentada por una hora.

Palabras vacías, risas y compromisos de una misma visión, propuestas de nuevos socios, contratistas y proyectos. Todo por parte de Aaron, quien, a la fuerza, abrió las puertas de nuestra empresa para convertirse en un accionista mayoritario.

Me había engañado y mentido o, más bien, jugado inteligentemente con las palabras. Toda la noche usándome, viéndome la cara de tonta.

«Tiene solución. Necesito saber qué busca y cómo aplastarlo antes».

No quería verlo ni estar en la misma habitación que él. Sentía sus ojos sobre mí. Me puse en pie de primera al terminar la reunión y salí disparada hacia la puerta.

—Scarlett. —La llamada de mi esposo me detuvo—. Al señor Knight le gustaría que tuvieras una conversación con su abogado.

—Tengo cosas que hacer. Más tarde podemos...

—Señor Knight, le presento a mi esposa: Scarlett Delacroix. —Puso una mano sobre mi hombro y me estremecí. Los ojos de Aaron se centraron en el punto de contacto entre mi esposo y yo. Los músculos de su mandíbula se tensaron—. Estará encantada de conversar con usted y su abogado el tiempo que sea necesario.

Jax me dedicó una mirada que entendí a la perfección. Obedecerlo en esto era parte de nuestro trato. Tenía que cumplir.

Le dediqué una sonrisa y se fue. Aaron lo siguió con la mirada y cuando se cerró la puerta le hizo un gesto a su abogado para que nos dejara a solas.

La ira fue subiendo por mi pecho y cerré las manos en puño al sostenerle la mirada. Tenía que ser inteligente, pero no podía. Fui hacia él y lo empujé.

—Eres un maldito hijo de puta.

Traté de pegarle y me sostuvo.

—Necesito que me escuches.

—No me importa.

Le crucé la cara con una cachetada. No se movió.

—A pesar de todo lo que te dije ayer tienes el descaro de hacer esto, de presentarte aquí.

—Déjame expli...

—Sí. Explícame lo que está pasando y cuánto tiempo llevas planeándolo, porque esto no es algo que hagas de un día a otro. ¿Qué mierda buscas al aparecer así y...?

—Vine a vengarme de ti.

El peso de la realidad cayó sobre mis hombros. Yo no era una paranoica como decía Mimí. Lo supe desde el inicio y de alguna manera me había relajado esa noche, olvidando que nada en

la vida era una coincidencia.

—Hace años toqué fondo y hubo un hombre que me tomó como su hijo —explicó, aprovechando mi silencio—. Fui su aprendiz, su mano derecha y lo cuidé hasta el día de su muerte. Él me heredó el Eclipse, entre otras cosas. Eso fue hace dos años y desde entonces estoy planeando cómo hacerte pedazos.

»Vine a adueñarme de tu empresa, de tu vida, y a dejarte sin nada para tenerte suplicando hasta por el agua que necesitaras beber.

Le había dado todas mis debilidades para que llevara a cabo su plan. La rabia me estaba consumiendo.

—Iba a empezar hoy —continuó—, aquí, cuando me volvieras a ver entrando en tu vida y a un paso de aplastarte. Todo estaba más que claro hasta que...

—¿Te enteraste de que no tenías una razón real por la que vengarte de mí? ¿Hasta que descubriste que eres un imbécil?

—No, hasta que te vi ayer en esa fiesta. Sabía que irías y quise verte solo una vez antes de llegar a esta oficina. —Tragó con dificultad—. Fallé porque no pude mirarte a la distancia y volví a fallar cuando me dije que solo te usaría por una noche, cuando me repetí que eso te dolería más cuando me vieras aquí.

—No me habría dolido, me habrías parecido ridículo.

Le di la espalda y caminé hacia la puerta.

—Estás mintiendo.

—Gracias por contarme tus planes, así puedo desaparecer antes de que todo te explote en la cara.

—No huyas de mí.

—Vete a la mierda.

—No quieres que me vaya porque me amas. —Me detuve—. Me sigues amando, Brooks.

—Cállate.

Estaba temblando, pero no me moví cuando lo sentí caminar hacia mí. Tampoco ofrecí resistencia cuando me hizo girar y tomó mi rostro entre sus manos.

—Me amas y yo te amo de la misma manera.

Sus dedos se enredaron en mi pelo y mi piel se erizó. Tomó mis labios entre los suyos en un beso suave e intenso. Su lengua acarició la mía. Se apoderó de mi boca con cada roce, al abrazar mi cintura y pegarme a él, poseyéndome como nunca nadie lo había hecho.

Me empotró contra la pared y me devoró con un beso y otro.

—La puerta —jadeé—. Alguien puede entrar.

—Llevo catorce años esperando para besarte —gruñó antes de volver a mis labios—. Puede entrar el presidente y lo mataría por interrumpir.

Me tomó de las caderas y subió mi falda. La rasgó para poder acariciar mis muslos. Gemí en su boca, enloquecida por su manera de besarme; hambriento, adorándome con cada jadeo.

—Te extrañé tanto —murmuró—. Joder, soñé contigo tantas veces que creí que me volvería loco.

—Aaron, nos van a ver.

—Te necesito, Brooks, hoy y siempre.

Mordió mi labio, me cargó y me llevó hasta la mesa de reuniones. Metió la mano entre mis piernas y gemí cuando acarició mi sexo. Se desabrochó el cinturón y sentí su erección.

—Déjame follarte aquí, ahora.

Era lo que más necesitaba, pero lo aparté. Nos miramos, casi sin poder respirar. Él

deseándome y yo sin entender por qué no me entregaba a lo que tanto quería.

Tomó mi rostro entre sus manos.

—Dame la oportunidad de demostrarte cuánto te amo. Haré lo que sea.

—No confío en ti.

Cerró los ojos y apoyó la frente en la mía.

—Y tienes todas las razones para no hacerlo, pero... —Exhaló un suspiro—. Ayer, cuando dejaste el Eclipse, estuve a punto de ir a matar a tu esposo y luego a tu padre, pero hacerlo habría sido quitarte la venganza que tú estás planeando desde hace años.

—¿Y?

—No lo haré porque mereces hacerlos pedazos con tus propias manos y quiero que seamos un equipo.

—No. Confío. En. Nadie.

—Me ganaré tu confianza, no importa el tiempo que me tome.

—Puede que nunca.

—No existe el «nunca» para nosotros.

Volvió a besarme, despacio, con una delicadeza que no conocía.

—Te pedí que me dejaras arreglarlo, pero no permitirás que otro libre tus batallas. Lo entiendo.

Se puso de rodillas entre mis piernas y alzó la vista para sostenerme la mirada.

—Dime a quién matar y lo haré. Dime qué quieres y lo tendrás en tus manos. Habla. Tus palabras son ley. —Besó mis palmas con devoción—. Úsame como quieras.

—¿Y si te pido que los destruyas a todos?

Sonrió de medio lado.

—Haré el mundo arder y lo pondré a tus pies, Scarlett.

Acerca del Autor

Meera Kean. Amante del romance caótico, el terror y el misterio. Escribe 24/7. Adicta al drama y el café. Sueña con adoptar un gato, pero vive con tres perros.



OTROS DE SUS LIBROS:

[Maryposa](#)

Dark Romance. Erótica. Chico enmascarado.
Juego de persecución. Novela corta.

Biología “No te enamores”

[No te enamores de Nika](#) y [No te enamores de Mia](#)

Romance juvenil. Enemies to lovers.
Vecino misterioso. Él se enamora primero.

[Mi crush literario](#)

Comedia romántica. Personaje ficticio salido del libro
y lectora obsesionada. Spicy. Aventura por carretera.



Primera edición: enero 2025

© Meera Kean, 2024

Corrección de texto: Valentina González (@estrafalaria.a)

ISBN: 9798305349597

Imprint: Independently published

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito del titular del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.